

MISTICA CIUDAD DE DIOS

**Milagro de su Omnipotencia
y abismo de la gracia**

**Historia Divina, y vida de la Virgen
Madre de Dios, Reina, y Señora
Nuestra María Santísima,
Restauradora de la culpa de Eva, y
Medianera de la Gracia.**



**Por la Venerable Madre Sor María de Jesús de
Ágreda**

**Omnia sub Correctione Sanctae Romanae
Ecclesiae**



Sor María de Jesús de Ágreda



**Cuerpo Incorrupto de la Venerable
Sor María de Jesús
De Ágreda**

Esta divina Historia, como en toda ella queda repetido, dejo escrita por la obediencia de mis prelados y confesores que gobiernan mi alma, asegurándome por este medio ser voluntad de Dios que la escribiese y que obedeciese a su beatísima Madre, que por muchos años me lo ha mandado; y aunque toda la he puesto a la censura y juicio de mis confesores, sin haber palabra que no la hayan visto y conferido conmigo, con todo eso la sujeto de nuevo a su mejor sentir y sobre todo a la enmienda y corrección de la santa Iglesia católica romana, a cuya censura y enseñanza, como hija suya, protesto estar sujeta, para creer y tener sólo aquello que la misma santa Iglesia nuestra Madre aprobare y creyere y para reprobare, lo que reprobare, porque en esta obediencia quiero vivir y morir. Amén."

Sor María de Jesús de Agreda, Mística Ciudad de Dios, parte III, cap. 23, n. 791.

ÍNDICE

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS

PD: PARTE DIGITAL

#: NUMERO

PRIMERA PARTE [PD: 1-5]

De la vida y sacramentos de la Reina del Cielo, y lo que el Altísimo obró en esta pura criatura desde su inmaculada concepción hasta que en sus virgíneas entrañas tomó carne humana el Verbo, y los favores que la hizo en estos primeros quince

años, y lo mucho que por sí misma adquirió con la divina gracia. [PD: 1-5]

INTRODUCCIÓN a la Vida de la Reina del cielo: De la razón de escribirla y otras advertencias para esto. [PD: 1, # 1-19]

LIBRO I.—Contiene la predestinación de María santísima; su concepción inmaculada; su nacimiento; y sus ocupaciones y ejercicios hasta que fue presentada en el templo. [PD: 1-3]

LIBRO II.—Contiene la presentación al templo de la Princesa del cielo; los favores que la diestra divina la hizo; la altísima perfección con que observó las ceremonias del templo; el grado de sus heroicas virtudes y modo de visiones que tuvo; su santísimo desposorio y lo restante hasta la encarnación del Hijo de Dios. [PD: 3-6]

SEGUNDA PARTE [PD: 5-16]

Contiene los misterios desde la encarnación del Verbo divino en su virginal vientre hasta la ascensión a los cielos. [PD: 5-16]

Introducción a la segunda parte de la divina Historia y Vida santísima de María Madre de Dios. [PD: 5, # 1-10 y en PD: 6, # 11-32]

LIBRO III.—Contiene la altísima disposición que el Todopoderoso obró en María Santísima para la encarnación del Verbo; lo tocante a este misterio; el eminentísimo estado en que quedó la feliz Madre; la visitación a Santa Isabel y santificación del Bautista; la vuelta a Nazaret y una memorable batalla que tuvo con Lucifer. [PD: 6-8]

LIBRO IV.—Contiene los recelos de San José, conociendo el preñado de María santísima; el nacimiento de Cristo nuestro Señor; su circuncisión; la adoración de los Reyes y presentación del infante Jesús en el templo; la fuga a Egipto, muerte de los inocentes y la vuelta a Nazaret. [PD: 8-10]

LIBRO V.—Contiene la perfección con que María Santísima copiaba e imitaba las operaciones del alma de su Hijo amantísimo, y cómo la informaba de la ley de gracia, artículos de la fe, sacramentos y diez mandamientos, y la prontitud y alteza con que la observaba; la muerte de San José; la predicación de San Juan Bautista; el ayuno y bautismo de nuestro Redentor; la vocación de los primeros discípulos y el bautismo de la Virgen María Señora nuestra. [PD: 10-13]

LIBRO VI.—Contiene las bodas de Cana de Galilea; cómo acompañó María Santísima al Redentor del mundo en la predicación; la humildad que mostraba la divina Reina en los milagros que hacía su Hijo santísimo; su transfiguración; la entrada de Su Majestad en Jerusalén; su pasión y muerte; el triunfo que alcanzó en la cruz de Lucifer y sus secuaces; la santísima resurrección del Salvador y su admirable ascensión a los cielos. [PD: 13-17]

TERCERA PARTE [PD: 17-22]

Contiene lo que hizo después de la ascensión de su Hijo nuestro Salvador hasta que la gran Reina murió y fue coronada por emperatriz de los cielos. [PD: 17-22]

Introducción a la tercera parte de la divina Historia y Vida santísima de María Madre de Dios. [PD: 17, # 1-28]

LIBRO VII.—Contiene cómo la diestra divina prosperó a la Reina del cielo de dones altísimos, para que trabajase en la Santa Iglesia; la venida del Espíritu Santo; el copioso fruto de la redención y de la predicación de los Apóstoles; la primera persecución de la Iglesia; la conversión de San Pablo y venida de Santiago a España; la aparición de la Madre de Dios en Zaragoza y fundación de Nuestra Señora del Pilar. [PD: 17-19]

LIBRO VIII.—Contiene la jornada de María santísima con San Juan a Efeso; el glorioso martirio de Santiago; la muerte y castigo de Herodes; la destrucción del templo de Diana; la vuelta de María santísima de Efeso a Jerusalén; la instrucción que dio a los evangelistas; el altísimo estado que tuvo su alma purísima antes de morir; su felicísimo tránsito, subida a los cielos y coronación. [PD: 19-22]

ÍNDICE GENERAL

PRIMERA PARTE

DE LA VIDA Y SACRAMENTOS DE LA REINA DEL CIELO, Y LO QUE EL ALTÍSIMO OBRÓ EN ESTA PURA CRIATURA DESDE SU INMACULADA CONCEPCIÓN HASTA QUE EN SUS VIRGÍNEAS ENTRAÑAS TOMÓ CARNE HUMANA EL VERBO, Y LOS FAVORES QUE LA HIZO EN ESTOS PRIMEROS QUINCE AÑOS, Y LO MUCHO QUE POR SÍ MISMA ADQUIRIÓ CON LA DIVINA GRACIA.

INTRODUCCIÓN A LA VIDA DE LA REINA DEL CIELO

De la razón de escribirla y otras advertencias para esto.

1. Quien llegare a entender —si por dicha lo entendiere alguno— que una mujer simple, por su condición la misma ignorancia y flaqueza y por sus culpas más indigna; en estos últimos siglos, cuando la santa Iglesia nuestra madre está tan abundante de maestros y varones doctísimos, tan rica de la doctrina de los santos padres y doctores sagrados; y en ocasión tan importuna, cuando debajo del santo celo de las personas prudentes y sabias se hallan las que siguen vida espiritual turbadas y mareadas y este camino mirado del mundo como sospechoso y el más peligroso de todos los de la vida cristiana; pues quien en tal coyuntura considerare a secas y sin otra atención que una mujer como yo se atreve y determina a escribir cosas divinas y sobrenaturales, no me causara admiración si luego me condenare por más que audaz, liviana y presuntuosa; si no es que en la misma obra y su conato halle encerrada la disculpa, pues hay cosas tan altas y superiores para nuestros deseos y tan desiguales a las fuerzas humanas que el emprenderlas o nace de falta de juicio o se mueve con virtud de otra causa mayor y más poderosa.

2. Y como los fieles hijos de la Iglesia santa debemos confesar que todos los mortales, no sólo con sus fuerzas naturales, pero aun juntas con las de la gracia común y ordinaria, son insuficientes, ignorantes y mudos para empresa tan dificultosa como explicar o escribir los escondidos misterios y sacramentos que el poderoso

brazo del Altísimo obró en aquella criatura que, para hacerla Madre suya, la hizo mar impenetrable de su gracia y dones y depositó en ella los mayores tesoros de su divinidad; y qué mucho se reconozca por incapaz la ignorancia de nuestra flaqueza, cuando los mismos espíritus angélicos hacen lo mismo y se confiesan tartamudos para hablar cosa tan sobre sus pensamientos y capacidad; y por esto, la vida de esta fénix de las obras de Dios es libro tan cerrado que no se hallará de las criaturas en el cielo ni en la tierra quien dignamente pueda abrirle; bien claro está que sólo puede hacerlo el mismo poderoso Señor que la formó más excelente que todas las criaturas, y también la misma Señora, Reina y Madre nuestra, que fue capaz de recibir tan inefables dones y digna de conocerlos; y para manifestarlos cuanto y cuando y como fuere su Unigénito Hijo servido, en su mano está elegir proporcionados instrumentos y que para su gloria fueren más idóneos.

3. Bien juzgara yo que lo fueran los maestros y varones santos de la Iglesia católica o los doctores de las escuelas, que todos nos han enseñado el camino de la verdad y luz. Pero los juicios del Altísimo y sus pensamientos se levantan sobre los nuestros como el cielo dista de la tierra (Is., 55, 9), y nadie conoció su sentido ni en sus obras le puede dar consejo (Rom., 11, 34). El es quien tiene el peso (Ap., 6, 5) del santuario en su mano y pondera los vientos (Job., 28, 25), comprende todos los orbes en sus palmas (Is., 40, 12) y con la equidad de sus santísimos consejos dispone todas las cosas en peso y medida (Job 11, 21), dando a cada una oportuno lugar y tiempo. El dispensa la luz de la sabiduría (Eclo., 24, 37) y por su justísima bondad la distribuye, y nadie puede subir al cielo para traerla (Bar., 3, 29), ni sacarla de las nubes, conocer sus caminos, ni investigar sus ocultas sendas (Bar., 3, 31). Y él solo la guarda en sí mismo y, como vapor y emanación

de su inmensa caridad (Sab., 7, 25), candor de su eterna luz, espejo sin mancha e imagen de su bondad eterna (Sab., 7, 26), la transfunde por las almas santas a las naciones, para hacer con ella amigos del Altísimo y constituir profetas (Ib. 27). El mismo Señor sabe por qué y para qué a mí, la más vil criatura, me despertó, llamó y levantó, me dispuso y encaminó, me obligó y compelió, a que escriba la Vida de su digna Madre, Reina y Señora nuestra.

4. Y no puede caber en prudente juicio que, sin este movimiento y fuerza de la mano poderosa del Altísimo, viniera tal pensamiento en corazón humano, ni determinación semejante en mi ánimo, que me reconozco y confieso por mujer débil y sin virtud. Pero así como no pude por mi juicio pensarlo, tampoco debo con pertinacia resistirlo por sólo mi voluntad. Y porque de esto se pueda hacer juicio recto, contaré con sencilla verdad algo de lo que sobre esta causa me ha sucedido.

5. El año octavo de la fundación de este convento, a los veinte y cinco de mi edad, me dio la obediencia el oficio, que hoy indignamente tengo, de prelada de este convento; y hallándome turbada y afligida con gran tristeza y cobardía, porque mi edad y deseo no me enseñaba a gobernar ni mandar sino a obedecer y ser gobernada, y el saber que para darme el oficio se había pedido dispensación, y otras justas razones, aumentaban mis temores; con que el Altísimo ha tenido toda la vida crucificado mi corazón con un pavor continuo que no puedo explicar de si mi camino es seguro, si perderé o tendré su amistad y gracia.

6. En esta tribulación clamé al Señor de todo mi corazón para que me ayudase y, si era su voluntad, me librase de este peligro y carga. Y aunque es verdad que Su Majestad algún tiempo antes me tenía

prevenida mandándome la recibiese y, excusándome yo con encogimiento, siempre me consolaba y manifestaba ser esto su beneplácito, con todo eso, no cesé en mis peticiones, antes las multiplicaba. Porque entendía y veía en el Señor una cosa bien digna de consideración, y era que, no obstante lo que Su Majestad me mostraba de ser aquella su santísima voluntad y que yo no la podía impedir, con todo eso entendía juntamente me dejaba libre para que yo me retirase y resistiese, y haciendo lo que como criatura flaca debía reconociendo cuán grande era mi insuficiencia de todas maneras; que tan prudentes son las obras del Señor con nosotros. Y con este beneplácito que conocía, hice muchas diligencias para excusarme de peligro tan evidente y poco conocido de la naturaleza infecta y de sus resabios y desconcertada concupiscible. Repetía siempre el Señor ser ésta su voluntad y me consolaba por sí, y por los santos ángeles y me amonestaba a que obedeciese.

7. Acudí con esta aflicción a la Reina, mi Señora, como a refugio singular de todos mis cuidados y, habiéndola manifestado mis caminos y deseos, se dignó de responderme y me dijo estas suavísimas razones: Hija mía, consuélate y no turbe tu corazón el trabajo, prepárate para él, que yo seré tu madre y prelada a quien obedecerás y también lo seré de tus subditas y supliré tus faltas, y tú serás mi agente por quien obraré la voluntad de mi Hijo y mi Dios; en todas tus tentaciones y trabajos acudirás a mí para conferirlas y tomar mi consejo, que yo te le daré en todo; obedéceme, que yo te favoreceré y estaré atenta a tus aflicciones.—Estas son las palabras que me dijo la Reina, tan consolatorias como provechosas para mi alma, con que se alentó y confortó en su tristeza. Y desde este día, la Madre de misericordia aumentó las que hacía con su esclava, porque de allí

adelante fue más íntima y continua la comunicación con mi alma, admitiéndome, oyéndome y enseñándome con inefable dignación y dándome consuelo y consejo en mis aflicciones y llenando mi alma de luz y doctrina de vida eterna y mandándome renovar los votos de mi profesión en sus manos. Y al fin, desde aquel suceso, se desplegó más con su esclava esta amabilísima Madre y Señora nuestra, corriendo el velo a los ocultos y altísimos sacramentos y misterios magníficos que en su vida santísima están en cerrados y encubiertos a los mortales. Y aunque este beneficio y luz sobrenatural ha sido continua, y en los días de sus festividades especialmente y en otras ocasiones en que conocí muchos misterios, pero no con la plenitud, frecuencia y claridad que después me los ha enseñado, añadiendo el mandarme muchas veces que como los entendía los escribiese y que Su Majestad me los dictaría y enseñaría. Y señaladamente un día de estas festividades de María Santísima me dijo el Altísimo que tenía ocultos muchos sacramentos y beneficios que con esta divina señora, como Madre suya, había obrado cuando era viadora entre los mortales, y que era su voluntad manifestarlos para que yo los escribiese como ella misma me enseñaría. Y esta voluntad he conocido continuamente por espacio de diez años que resistí en Su Majestad altísima, hasta que empecé la primera vez a escribir esta divina Historia.

8. Y confiriendo este cuidado con los santos príncipes y ángeles que el Todopoderoso había señalado para que me encaminasen en esta obra de escribir la Historia de nuestra Reina y manifestándoles mi turbación y aflicción de corazón, cuán tartamuda y enmudecida era mi lengua para tan ardua empresa, me respondieron repetidas veces era voluntad del Altísimo que

escribiese la Vida de su purísima Madre y Señora nuestra, Y especialmente un día que yo les repliqué mucho, representando mi dificultad, imposibilidad y grandes temores, me dijeron estas palabras: Con razón, alma, te acobardas y turbas, dudas y reparas en causa que los mismos ángeles lo hacemos, como insuficientes para declarar cosas tan altas y magníficas como el brazo poderoso obró en la Madre de piedad y nuestra Reina. Pero advierte, carísima, que faltará el firmamento y la máquina de la tierra y todo lo que tiene ser dejará de tenerle, antes que falte la palabra del Altísimo —y muchas veces la tiene dada a sus criaturas y en su Iglesia se halla en las santas Escrituras— que el obediente cantará victorias de sus enemigos (Prov., 21, 28) y no será reprehensible en obedecer. Y cuando crió al primer hombre y le puso el precepto de obediencia que no comiese del árbol de la ciencia, entonces estableció esta virtud de la obediencia y jurando juró para más asegurar al hombre; que el Señor suele hacerlo, como con Abrahán cuando le prometió que de su linaje descendería el Mesías y se le daría con afirmación de juramento (Gén., 22 16). Así lo hizo cuando crió al primer hombre asegurándole que el obediente no erraría, y también repitió este juramento (Lc., 1, 73) cuando mandó que su Hijo santísimo muriese y aseguró a los mortales que quien obedeciese a este segundo Adán, imitándole en la obediencia con que restauró lo que el primero perdió por su desobediencia, viviría para siempre y en sus obras no tendría parte el enemigo. Advierte, María, que toda la obediencia se origina de Dios, como de principal y primera causa, y nosotros, los ángeles, obedecemos al poder de su divina diestra y a su rectísima voluntad, porque no podemos ir contra ella, ni la ignoramos, que vemos el ser inmutable del Altísimo cara a cara y conocemos es santa, pura y

verdadera, rectísima y justa. Pues esta certidumbre, que los ángeles tenemos por la vista beatífica, tenéis los mortales respectivamente y según el estado de viadores en que estáis con aquellas palabras que dijo el mismo Señor de los prelados y superiores: *Quien a vosotros oye, a mí oye y quien a vosotros obedece, a mí obedece* (Lc., 10, 16). Y en virtud de que se obedece por Dios, que es la principal causa y superior, le compete a su providencia poderosa el acierto de los obedientes cuando lo que se manda no es materia pecable; y por todo esto lo asegura el Señor con juramento, y dejará de ser antes — siendo esto imposible por ser Dios— que falta su palabra (Mt., 24, 35). Y así como los hijos proceden de los padres y todos los vivientes de Adán, multiplicados en la posterioridad de su naturaleza, así proceden de Dios todos los prelados como de supremo Señor, por quien obedecemos a los superiores: la naturaleza humana a los prelados vivientes y la angélica a los de superior jerarquía de nuestra naturaleza, y unos y otros en ellos a Dios eterno. Pues acuérdate, alma, que todos te han ordenado y mandado lo que dudas y si, queriendo tú obedecer, no conviniera, hiciera el Altísimo con tu pluma lo que con el obediente Abrahán cuando sacrificaba a su hijo Isaac, que nos mandó a uno de sus espíritus angélicos detuviésemos el brazo y cuchillo; y no manda detengamos tu pluma, sino que con ligero vuelo la llevemos, oyendo a Su Majestad, y rigiéndote alumbremos tu entendimiento y te ayudemos.

9. Estas razones y doctrina me dieron en aquella ocasión mis santos ángeles y señores. Y en otras muchas, el príncipe san Miguel me ha declarado la misma voluntad y mandato del Altísimo y, por continuas ilustraciones, favores y enseñanzas de este gran arcángel y príncipe celestial, he entendido magníficos misterios y sacramentos del Señor y de la

Reina del cielo. Porque este santo arcángel fue uno de los que la guardaban y asistían con los demás que, para su custodia, fueron diputados de todos los órdenes y jerarquías, como en su lugar diré (Cf. infra n. 202-207), y siendo justamente patrón y protector universal de la Iglesia Santa, por todo fue especialmente testigo y ministro fidelísimo de los misterios de la encarnación y redención; y así lo tengo muchas veces entendido de este santo arcángel, de cuya protección he recibido singulares beneficios en mis trabajos y peleas y me ha prometido asistirme y enseñarme en esta obra.

10. Y sobre todos estos mandatos, y otros que no es necesario referir, y lo que adelante diré (Cf. Infra intr. n. 16) el mismo Señor por sí inmediatamente me ha mandado y declarado su beneplácito muchas veces, contenido en las palabras que ahora sólo diré. Un día de la Presentación de María Santísima en el templo me dijo Su Majestad: Esposa mía, muchos misterios hay en mi Iglesia militante manifiestos de mi Madre y de los santos, pero muchos están ocultos, y más los interiores y secretos, que quiero manifestarlos y que tú los escribas como fueres enseñada, y en especial de María purísima. Yo te los declararé y mostraré, que por los ocultos juicios de mi sabiduría los he tenido reservados, porque no era el tiempo conveniente ni oportuno a mi providencia; ahora lo es, y mi voluntad que los escribas; obedece, alma.

11. Todas estas cosas que he dicho, y más que pudiera declarar, no fueran poderosas para reducir mi voluntad a determinación tan ardua y peregrina a mi condición, si no juntara la obediencia de mis prelados, que han gobernado mi alma y me enseñan el camino de la verdad. Porque no son mis recelos y temores de condición que me dejaran asegurar en materia tan

dificultosa, cuando en otras más fáciles, siendo sobrenaturales, no hago poco en quietarme con la obediencia; y como ignorante mujer he buscado siempre este norte, porque es obligación registrar todas las cosas, aunque parezcan más altas y sin sospecha, con los padres espirituales y no tenerlas por ciertas y seguras hasta la aprobación de los maestros y ministros de la Iglesia Santa. Todo esto he procurado hacer en la dirección de mi alma, y más en este intento de escribir la Vida de la Reina del cielo. Y para que mis prelados no se moviesen por mis relaciones, he trabajado muchísimo disimulando cuanto podía algunas cosas y pidiendo con lágrimas al Señor les diese luz y acierto y muchas veces deseando se les quitase del pensamiento esta causa y que no me dejasen errar ni ser engañada. Confieso también que el demonio, valiéndose de mi natural y temores, ha hecho grande esfuerzo para impedirme esta obra, buscando medios con que aterrarme y afligirme, y en que sin dudarme hubiera vencido a dejarla, si la industria y perseverancia invencible de mis prelados no hubiera animado mi cobardía, dando también ocasión para que el Señor, la Virgen purísima y santos ángeles renovasen la luz, señales y maravillas. Pero con todo esto, dilaté o, por mejor decir, resistí muchos años a la obediencia de todos —como adelante diré (Cf. *Infra* intr. n. 19)— sin haberme atrevido a poner mano de intento en cosa tan sobre mis fuerzas. Y no creo ha sido sin particular providencia de Su Majestad, porque en el discurso de este tiempo han pasado por mí tantos sucesos y, puedo decir, misterios y trabajos tan extraordinarios y varios, que no pudiera con ellos gozar de la quietud y serenidad de espíritu cual es necesario para recibir esta luz y enseñanza, pues no en cualquier estado, aunque sea muy alto y provechoso, puede estar idóneo el ápice del alma para recibir tan alto y delicado influjo. Y fuera de esta razón hallo otra: y es, para que con tan larga dilación

yo me pudiese informar y asegurar, así con la nueva luz que se va granjeando con el tiempo y la prudencia que se adquiere en la varia experiencia, como también que, perseverando el Señor, los santos, mis prelados y sus instancias, con tan continuada obediencia yo me aquietase y asegurase y venciese mis temores, cobardía, perplejidad y fiase del Señor lo que desconfío de mi flaqueza.

13. En confianza, pues, de esta virtud grande de la obediencia, me determiné en nombre del Altísimo y de la Reina, mi Señora, a rendir mi resistencia. Y llamo grande a esta virtud, no sólo porque ella ofrece a Dios lo más noble de la criatura, que es la mente, dictamen y voluntad, en holocausto y sacrificio, pero también porque ninguna otra virtud asegura el acierto más que la obediencia, pues ya la criatura no obra por sí, sino como instrumento de quien la gobierna y manda. Ella aseguró a Abrahán (Gén., 21, 1ss) para que venciese la fuerza del amor y ley natural con Isaac; y si fue poderosa para esto, y para que el sol y los cielos detuviesen su velocísimo movimiento (Jos., 10, 13), bien puede serlo para que se mueva la tierra; que si por obediencia se gobernara Oza (2 Sam., 6, 6-8), por ventura no fuera castigado por atrevido y temerario en tocar el arca. Bien veo que yo, más indigna, alargó la mano para tocar, no el arca muerta y figurativa de la antigua ley, pero el arca viva del Nuevo Testamento, donde se encerró el maná de la divinidad y el original de la gracia y su santa ley; pero si callo, temo ya con razón desobedecer a tantos mandatos y podré decir con Isaías: ¡Ay de mí porque callé! (Is., 6, 5) Pues, oh Reina y Señora mía, mejor será que resplandezca en mi vileza vuestra benignísima piedad y misericordia y el favor de vuestra liberal mano; mejor será que me la deis para obedecer a vuestros mandatos, que caer en vuestra indignación; obra será, oh purísima Madre, digna de vuestra clemencia levantar a

la pobre de la tierra y que de un sujeto flaco y menos idóneo hagáis instrumento para obras tan difíciles, con que engrandecéis vuestra gracia y las que vuestro Hijo santísimo os comunicó; y no daréis lugar a la engañosa presunción, para que imagine que con industria humana o con prudencia terrena o con la fuerza y autoridad de la disputa se hace esta obra, pero que con la virtud de la divina gracia despertáis de nuevo los corazones fieles y los lleváis a vos, fuente de piedad y misericordia. Hablad, pues, Señora, que vuestra sierva oye con voluntad ardiente de obedeceros, como debo. Pero ¿cómo podrán alcanzar e igualar mis deseos a mi deuda? Imposible será la digna retribución, pero, sí posible fuera, la deseara. ¡Oh Reina poderosa y grande, cumplid vuestras promesas y palabras, manifestándome vuestras gracias y atributos, para que sea vuestra grandeza más conocida y magnificada de todas las naciones y generaciones! Hablad, Señora, que vuestra sierva oye, hablad y engrandeced al Altísimo por las obras poderosas y maravillosas que obró su diestra en vuestra profundísima humildad; derívense de sus manos, hechas a torno (Cant., 5, 14), llenas de jacintos, en las vuestras y de ellas a vuestros devotos y siervos, para que los ángeles le bendigan, los justos le magnifiquen, los pecadores le busquen y para que tengan todos ejemplar de suma santidad y pureza y, con la gracia de vuestro Santísimo Hijo, tenga yo este espejo y eficaz arancel por donde pueda componer mi vida. Pues éste ha de ser el primer intento de mi cuidado en escribir la vuestra, como repetidas veces me lo ha dicho Vuestra Alteza, dignándose de ofrecerme un vivo ejemplar y espejo sin mácula animado, donde mire y adorne mi alma, para ser hija vuestra y esposa de vuestro santísimo Hijo.

14. Esta es toda mi pretensión y voluntad; y por esto, no escribiré como maestra sino como discípula, no para enseñar sino para aprender, que ya se han de callar por

oficio las mujeres en la Iglesia santa (1 Cor., 14, 34) y oír a los maestros; pero, como instrumento de la Reina del cielo, manifestaré lo que Su Majestad se dignare enseñarme y me mandare; porque, de recibir el espíritu que su Hijo santísimo prometió (Jl., 2, 28; Act., 2, 17) enviar sobre todas las condiciones de las personas sin excepción, todas las almas son capaces y también lo son de manifestarlo en su conveniente modo como lo reciben, cuando la potestad superior lo ordena con cristiana providencia, como juzgo lo han dispuesto mis prelados. El errar yo es posible y consiguiente a mujer ignorante, pero no en obedecer, ni tampoco será de voluntad; y así me remito y sujeto a quien me guía y a la corrección de la santa Iglesia católica, a cuyos ministros acudiré en cualquiera dificultad; y quiero que mi prelado, maestro y confesor sea testigo y censor de esta doctrina que recibo y también juez vigilante y severo de cómo la pongo por obra o falta en el cumplimiento de ella y de mis obligaciones medidas por este beneficio.

15. Por voluntad del Señor y orden de la obediencia he escrito segunda vez esta divina Historia; porque la primera, como era la luz con que conocía sus misterios tan abundante y fecunda y mi cortedad grande, no bastó la lengua, ni alcanzaron los términos, ni la velocidad de la pluma para decirlo todo; dejé algunas cosas y, con el tiempo y las nuevas inteligencias, me hallo más dispuesta para escribirlas ahora, aunque siempre dejaré de decir mucho de lo que entiendo y he conocido, porque todo nunca es posible. Fuera de esto, he conocido otra razón en el Señor: y es que, la primera vez cuando escribí, me llevaba mucho la atención de lo material y orden de esta obra, y fueron las tentaciones y temores tan grandes y las tempestades que me combatían de discursos y sugerencias tan excesivas, de que era temeraria en haber puesto mano en obra tan ardua, que me rendí a quemarla; y creo no sin permisión del Señor, porque en

estado tan turbulento no se pudo dar al alma lo conveniente y que el Altísimo quería, escribiéndola en mi corazón y grabando en mi espíritu su doctrina, como se me manda lo haga ahora, y puede colegirse del suceso siguiente.

16. Un día de la Purificación de Nuestra Señora, después de haber recibido el santísimo sacramento, quise celebrar esta santa festividad —porque cumplía en ella años de profesión— con hacimiento de gracias y rendido corazón al Altísimo que, sin merecerlo, me admitió por su esposa; y, al tiempo de ejercitar estos afectos, sentí en mi interior una mudanza eficaz con abundantísima luz, que me llevaba y compelia fuerte y suavemente al conocimiento del ser de Dios, de su bondad, perfecciones y atributos y al desengaño de mi propia miseria; y estos objetos, que a un tiempo se ponían en mi entendimiento, me hacían varios efectos: el primero, llevándose toda mi atención y voluntad, y el segundo, aniquilándome y pegándome con el polvo, de manera que se deshacía mi ser y sentía dolor vehementísimo y contrición de mis graves pecados con firme propósito de la enmienda y de renunciar cuanto el mundo tiene y levantarme sobre todo lo terreno al amor del Señor; en estos afectos quedaba desfallecida y el mayor dolor era consuelo y el morir vivir. El Señor, apiadándose de mi deliquio y por sola su misericordia, me dijo: No desmayes, hija y esposa mía, que para perdonarte, lavarte y purificarte de tus culpas yo te aplicaré mis infinitos merecimientos y la sangre que por ti derramé; ánimo a la perfección que deseas con la imitación de la vida de mi Madre santísima; escríbela segunda vez, para que pongas lo que falta e imprimas en tu corazón su doctrina y no irrites más mi justicia, ni desobligues a mi misericordia quemando lo que escribieres, porque mi indignación no quite de ti la luz que, sin merecerla, se te ha dado para conocer y manifestar estos misterios.

17. Luego vi a la Madre de Dios y de Piedad y me dijo: Hija mía, aún no has sacado el fruto conveniente para tu alma del árbol de la vida de mi Historia que has escrito, ni llegado a la medula de su sustancia; no has cogido harto de este maná escondido, ni has tenido la última disposición de perfección que necesitabas, para que el Todopoderoso grave e imprima respectivamente en tu alma mis virtudes y perfecciones. Yo te he de dar la cualidad y adorno conveniente para lo que la divina diestra quiere obrar en ti; y le he pedido que por mi mano e intercesión, y de la abundantísima gracia que me ha comunicado, me dé licencia para adornarte y componer tu alma, para que vuelvas a escribir mi vida, sin atender a lo material de ella sino a lo formal y sustancial, habiéndote pasivamente y sin poner óbice para recibir el corriente de la divina gracia que el Todopoderoso encaminó a mí y que pase a ti la parte que la voluntad divina dispusiere; no la coartes ni limites por tu poquedad e imperfecto proceder.—Luego conocí que la Madre de piedad me vestía una vestidura más blanca que la nieve y resplandeciente que el sol; y después me ciñó con una cintura riquísima y dijo: Esta es participada de mi pureza.—Y pidió ciencia infusa al Señor para adornarme con ella, que sirviese de hermosísimos cabellos, y otras dádivas y preseas preciosas que, aunque yo veía eran grandes, conocía ignoraba su valor. Y después de este adorno, me dijo la divina Señora: Trabaja fiel y diligente por imitarme y ser perfectísima hija mía, engendrada de mi espíritu, criada a mis pechos. Yo te doy mi bendición, para que en mi nombre y con mi dirección y asistencia escribas segunda vez.

18. Toda esta Vida santísima, para mayor claridad, se reduce a tres partes o libros: el primero será de lo que pertenece y toca a los quince años primeros de la Reina del cielo, desde su concepción purísima hasta que en su

virginal vientre tomó carne humana el Verbo eterno, y lo que en estos años obró el Altísimo con María Purísima; la segunda parte comprende el misterio de la Encarnación, toda la vida de Cristo Nuestro Señor, su Pasión, Muerte y Ascensión a los Cielos, que fue lo que vivió la divina Reina con su Hijo Santísimo, y lo que hizo en este tiempo; la tercera parte será lo restante de esta vida de la Madre de la gracia, después que se quedó sola sin Cristo nuestro Redentor en el mundo, hasta que llegó la hora de su feliz tránsito, asunción y coronación en los cielos por Emperatriz de ellos, para vivir eternamente como Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Estas tres partes dividido en ocho libros, para que sean más manuales y siempre objeto de mi entendimiento, estímulo de mi voluntad y mi meditación de día y noche.

19. Y para declarar en qué tiempo escribí esta divina Historia, se ha de advertir que fundaron este convento de religiosas descalzas de la Purísima Concepción mis padres Fr. Francisco Coronel y la madre sor Catalina de Arana, en su misma casa, por disposición y voluntad divina, declarada con particular luz y revelación a mi madre sor Catalina. Fue la fundación octava de la Epifanía, a trece de enero del año de mil seiscientos y diez y nueve. El mismo día tomamos el hábito mi madre y dos hijas, y mi padre se fue a la religión de nuestro Seráfico Padre san Francisco, con dos hijos que ya eran religiosos, donde tomó el hábito, profesó y vivió con ejemplo de todos y murió santamente. Mi madre y yo recibimos el velo día de la Purificación de la gran Reina del Cielo, a dos de febrero del año de mil seiscientos y veinte; y por no tener edad bastante, se dilató la profesión de la segunda hija. Favoreció el Todopoderoso por sola su bondad nuestra familia, en que toda se consagrara al estado religioso. El año octavo de la fundación, a los veinte y cinco de mi edad y del Señor de mil seiscientos y veinte y siete, me dio la obediencia el oficio de prelada

que hoy indignamente tengo. Pasaron diez años de Prelacia, en los cuales tuve muchos mandatos del Altísimo y de la gran Reina del Cielo para que escribiese su vida santísima, y con temor y encogimiento resistí todo ese tiempo a estos órdenes divinos, hasta el año de mil seiscientos y treinta y siete que comencé a escribirla la primera vez; y en acabándola, por los temores y tribulaciones dichas, y por consejo de un confesor que me asistía en ausencia del principal que me gobernaba, quemé todos los papeles y otros muchos, así de esta sagrada Historia como de otras materias graves y misteriosas; porque me dijo que las mujeres no habían de escribir en la Santa Iglesia. Obedecíle pronta y después tuve asperísimas reprensiones de los Prelados y Confesor que sabía toda mi vida; y de nuevo me intimaron censuras para que la escribiese otra vez; y el Altísimo y la Reina del Cielo repitieron nuevos mandatos para que obedeciese. Y esta segunda vez, fue tan copiosa la luz que del ser divino tuve, los beneficios que la diestra del Altísimo me comunicó tan abundantes, encaminados a que mi pobre alma se renueve y vivifique en las enseñanzas de su divina Maestra, las doctrinas tan perfectas y los sacramentos tan encumbrados, que es forzoso hacer libro aparte y será perteneciente a la misma Historia y su título: *Leyes de la esposa, ápices de su casto amor y fruto cogido del árbol de la vida de María Santísima Señora nuestra*. Y con el favor divino empiezo a escribirla en ocho de diciembre de mil seiscientos y cincuenta y cinco, día de la Purísima Inmaculada Concepción .

Signare me laudare te, Virgo Sacrata. Da mihi virtutem contra hostes tuos.

>>sigue>>

PRIMERA PARTE

Se la vida de la Reina del Cielo, y lo que el Altísimo obró en esta Pura criatura desde su Inmaculada Concepción hasta que en sus Virginales entrañas tomo carne humana el Verbo, y los favores que la hizo en estos primeros quince años, y lo mucho que por si misma adquirió con la Divina gracia.

LIBRO I

CONTIENE LA PREDESTINACIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA; SU CONCEPCIÓN INMACULADA; SU NACIMIENTO Y SUS OCUPACIONES Y EJERCICIOS HASTA QUE FUE PRESENTADA EN EL TEMPLO.

CAPITULO 1

De dos particulares visiones que el Señor mostró a mi alma y otras inteligencias y misterios que me compelián a dejarme de lo terreno, levantando mi espíritu y habitación sobre la tierra.

- 1.** Confiésote y magnificóte (Mt., 11, 25), Rey altísimo, que por tu dignación y levantada majestad encubriste de los sabios y maestros estos altos misterios y los revelaste a mí, tu esclava, la más párvula e inútil de tu Iglesia, para que con admiración seas conocido por todopoderoso y autor de esta obra, tanto más cuanto el instrumento es más vil y flaco.
- 2.** Este Señor Altísimo —después de largas resistencias que he referido y muy desordenados temores y de grandes suspensiones nacidas de mi cobardía, por

conocer este mar inmenso de maravillas en que me embarco, recelosa de anegarme en él— me dio a sentir una virtud de lo alto, suave, fuerte, eficaz y dulce; una luz que alumbra al entendimiento, reduce a la voluntad rebelde, quietando, enderezando, gobernando y llamando a la república de los sentidos interiores y exteriores y rindiendo a toda la criatura para el agrado y voluntad del Altísimo y buscar en todo sola su gloria y honra. Estando en esta disposición, oí una voz del Todopoderoso que me llamaba y llevaba tras de sí con grande fuerza, levantando mi habitación a lo alto (Eclo., 51, 13) y fortaleciéndome contra los leones (Ib., 4) que rugían hambrientos para alejar mi alma del bien que la ofrecían, en el conocimiento de los grandes sacramentos (misterios) que se encierran en este Tabernáculo y Ciudad Santa de Dios, y librándome de las puertas de las tribulaciones (Ib., 5) por donde me convidaban a entrar, cercada de los dolores de la muerte (Sal., 17, 5 --- La numeración de los salmos es según la edición de los Papas Sixto V y Clemente VIII de la Vulgata) y de la perdición, rodeada de la llama de esta Sodoma y Babilonia en que vivimos, y queriéndome atropellar para que ciega me convirtiese y entregase a ella, ofreciéndome objetos de aparente deleite a mis sentidos, informándolos fabulosamente con falacia y dolos. Pero de todos estos lazos que preparaban a mis pies (Sal., 56, 7; 24, 15) me rescató el Altísimo, elevando mi espíritu y enseñándome con amonestaciones eficaces el camino de la perfección, y convidándome a una vida espiritualizada y angélica en la carne mortal, y obligándome a vivir tan solícita que, en medio de la hornaza, no me tocase el fuego y me librase de la lengua coinquinada (Eclo., 5, 6-7), cuando muchas veces me contaba terrenas fabulaciones (Sal., 118, 85); y llamándome Su Alteza para que me levantase del polvo y de la tenuidad que causa la ley del pecado, que resistiese a los efectos heredados de la naturaleza infecta y la detuviese en sus desordenadas

inclinaciones, deshaciéndolas a la vista de la luz y levantándome a mí sobre mí ; y con fuerzas de poderoso Dios, correcciones de padre y caricias de esposo, muchas veces me llamaba y decía: Paloma mía y hechura de mis manos, levántate (Lam., 3, 28) y date prisa, ven a mí, que soy luz y camino, y el que me sigue no anda en tinieblas (Cant., 2, 10). Ven a mí, que soy verdad segura, santidad cierta, soy el poderoso y sabio y enmendador de los sabios (Sab., 7, 15).

3. Los efectos de estas palabras eran en mí flechas de dulce amor, de admiración, reverencia, temor y conocimiento de mis pecados y vileza, con que me retiraba, encogía y aniquilaba; y el Señor me decía: Ven, alma, ven, que soy tu Dios Omnipotente, y, aunque hayas sido pródiga y pecadora, levántate de la tierra y ven a mí que soy tu Padre, recibe la estola de mi amistad y el anillo de esposa.

4. Estando en esta habitación que digo, vi un día a los seis Ángeles Santos que el todo poderoso me ha señalado, para que me asistiesen en esta obra —y en otras ocasiones de pelea— y me purificaron y dispusieron; y después de haberlo hecho me presentaron al Señor, y Su Majestad dio a mi alma un nuevo lumen y cualidad como de gloria, con que me proporcionaron y fortalecieron para ver y conocer lo que es sobre mis fuerzas de criatura terrena; y luego se me mostraron otros dos ángeles de jerarquía superior, los cuales sentí que me llamaban con fuerza poderosa de parte del Señor, y tenía inteligencia que eran misteriosísimos y me querían manifestar altos y ocultos sacramentos. Respondíles diligente y deseosa de gozar de aquel bien que me evangelizaban y, con ardiente afecto, declaré mi ánimo, que era ver lo que me querían mostrar y con misterio me ocultaban. Y ellos respondieron luego y con mucha severidad: Detente, alma.—Convertíme a sus

altezas y díjeles: Príncipes del Poderoso y mensajeros del gran Rey ¿por qué, habiéndome llamado, me detenéis así ahora, violentando mi voluntad y dilatando mi gozo y alegría? ¿Qué fuerza es la vuestra y qué poder, que me llama, fervoriza, solicita y detiene, siendo todo a un tiempo; llevándome tras el olor de mi amado dueño y sus ungüentos, me detenéis con prisiones fuertes? Decidme la causa de esto.—Respondiéronme: Porque es menester, alma, que vengas descalza y desnuda de todos tus apetitos y pasiones, para conocer estos misterios altos que no se compadecen ni acomodan con inclinaciones siniestras. Descálzate como Moisés (Ex., 3, 5) , que así se lo mandaron para que viera aquella milagrosa zarza.— Príncipes y señores míos, respondí yo, mucho se le pidió a Moisés, que en naturaleza terrena tuviera operaciones angélicas; pero él era santo y justo y yo pecadora, llena de miserias; túrbase mi corazón y querellóme de esta servidumbre y ley del pecado (Rom., 7, 23), que siento en mis miembros contraria a la de mi espíritu.—A esto me dijeron: Alma, cosa muy violenta se te pidiera si la obraras con solas tus fuerzas; pero el Altísimo, que quiere y pide esta disposición, es poderoso y no negará el auxilio si de corazón se lo pides y te dispones para recibirle; y su poder, que hacía arder la zarza (Ex., 3, 1) y no quemarse, podrá hacer que el alma encarcelada y encerrada en el fuego de las pasiones no se queme, si ella se quiere librar; pide Su Majestad lo que quiere y puede lo que pide, y en su confortación has de poder (Flp., 4, 13) lo que te manda; descálzate y llora amargamente, clama de lo profundo de tu corazón, para que sea oída tu oración y se cumpla tu deseo.

5. Vi luego que un velo riquísimo encubría un tesoro y mi voluntad se fervorizaba para que se corriese y se descubriese lo que la inteligencia me manifestaba por sacramento escondido; y a este mi deseo se me respondió: Obedece, alma, a lo que se te amonesta y

manda; desnúdate de ti misma y se te descubrirá. — Propuse enmendar la vida y vencer mis apetitos, lloraba con suspiros y gemidos de lo íntimo de mi alma, porque se me manifestase este bien; y como lo iba proponiendo, se iba corriendo el velo que encubría mi tesoro. Corrióse, pues, del todo y vieron mis ojos interiores lo que no sabré decir ni manifestar con palabras. Vi una gran señal en el cielo y signo misterioso; vi una mujer, una señora y reina hermosísima, coronada de estrellas, vestida del sol y la luna a sus pies (Ap., 12, 1). Dijéronme los santos ángeles: Esta es aquella dichosa mujer que vio san Juan en el Apocalipsis, y donde están encerrados, depositados y sellados los misterios maravillosos de la Redención. Favoreció tanto el Altísimo y todopoderoso a esta criatura, que a sus espíritus nos causa admiración. Atiende y mira sus excelencias; escríbelas, que para esto, después de lo que a ti conviene, se te manifiesta.—Yo conocí tantas maravillas, que la abundancia me enmudece y la admiración suspende y aun en la vida mortal no juzgo por capaces de conocerlas a todas las criaturas; y en el discurso de adelante lo iré declarando.

6. Otro día, en tiempo de quietud y serenidad, en esta misma habitación que digo, oí una voz del Altísimo que me decía: Esposa mía, quiero que acabes ya de determinarte con veras y me busques cuidadosa, y fervorosa me ames, y que tu vida sea más angélica que humana y olvides todo lo terreno; quíete levantar del polvo como a pobre y como a necesitado del estiércol(Sal., 112, 7), y que levantándote yo te humilles tú, y tu nardo dé suavidad de olor (Cant., 1, 11), mientras estás en mi presencia; y conociendo tu flaqueza y miserias te persuadas que mereces la tribulación y en ella la humillación de todo corazón. Mira mi grandeza y tu pequeñez, y que soy justo y santo, y con equidad te aflijo usando de misericordia y no castigándote como mereces. Procura sobre este fundamento de la humildad

adquirir las demás virtudes, para que cumplas mi voluntad; y para que te enseñe, corrija y reprenda, te señalo por maestra a mi Madre y Virgen; ella te industrialará y encaminará tus pasos a mi agrado y beneplácito.

7. Estaba delante esta Reina cuando el altísimo Señor me dijo estas palabras y no se dedignó la divina Princesa de admitir el oficio que Su Majestad le daba. Aceptóle benignamente y díjome: Hija mía, quiero que seas mi discípula y compañera. Yo seré tu maestra. Pero advierte que me has de obedecer con fortaleza y desde este día no se ha de reconocer en ti resabio de hija de Adán. Mi vida y las obras de mi peregrinación y las maravillas que obró el brazo poderoso del Altísimo conmigo, han de ser tu espejo y arancel de tu vida.—Póstreme ante este real trono del Rey y Reina del universo y ofrecí obedecer en todo; y di gracias al Muy Alto por el beneficio que me hacía, tan sobre mis méritos, de darme tal amparo y guía. Renové en sus manos los votos de mi profesión y ofrecí de nuevo obedecerla y cooperar con todas mis fuerzas a la enmienda de mi vida. Díjome el Señor: Advierte y mira.—Hícelo, y vi una escala de muchas gradas, hermosísima, y con grande número de ángeles que la asistían y otros descendían y subían por ella. Y díjome Su Majestad: Esta es aquella escala de Jacob misteriosa (Gén., 28, 12), que es casa de Dios y puerta del cielo (Ib., 17); si te dispusieres y tu vida fuere tal que no hallen reprensión mis ojos, subirás a mí por ella.

8. Esta promesa incitaba mi deseo, fervorizaba mi voluntad y suspendía mi espíritu, y con muchas lágrimas me quejaba de ser yo misma grave para mí (Job 7, 20) y pesada. Suspiraba por el fin de mi cautividad y por llegar adonde no hay óbice que pueda impedir el amor. Y con estas ansias gasté algunos días, procurando perfeccionar mi vida, confesándome generalmente de nuevo y

reformando algunas imperfecciones; y siempre se continuaba la vista de la escala, pero no entendía su interpretación. Hice muchas promesas al Señor, proponiendo de nuevo apartarme de todo lo terreno y tener libre mi voluntad para sólo amarle, sin dejarla inclinar a cosa alguna, aunque fuese pequeña y sin sospecha; repudié y negué todo lo fabuloso y visible. Y pasados algunos días en estos afectos y disposición, el Altísimo me declaró cómo aquella escala era la vida de la santísima Virgen, sus virtudes y sacramentos. Y Su Majestad me dijo: Quiero, esposa mía, subas por esta escala de Jacob y entres por esta puerta del cielo a conocer mis atributos y contemplar mi divinidad; sube, pues, y camina, sube por ella a mí. Estos ángeles que la asisten y acompañan son los que yo dediqué para su guarda y defensa y guarnición de esta ciudad de Sión; atiende y, meditando estas virtudes, trabaja por imitarlas.—Parecióme que subía por esta escala y que conocía la mayor de las maravillas y prodigio más inefable del Señor en pura criatura, la mayor santidad y perfección de virtudes que jamás obró el brazo del Omnipotente. Al fin de la escala vi al Señor de los señores y a la Reina de todo lo criado y mandáronme que por estos magníficos sacramentos le glorificase, alabase y ensalzase y que escribiese lo que de ellos entendiese. Puso me el excelso y eminente Señor en estas tablas, mejores que las de Moisés, ley que meditase y observase, escrita con su dedo poderoso (Ex., 31, 18), y movió mi voluntad, para que en su presencia se la manifestase a la purísima Reina, de que vencería mi resistencia y con su ayuda escribiría su Vida santísima, llevando atención a tres cosas: la primera, que se conozca la profunda reverencia que se debe a Dios eterno y cómo se ha de humillar más la criatura y abatir, cuando su inmensa Majestad se humana más con ella, y que el efecto de los mayores favores y beneficios ha de ser mayor temor, reverencia, atención y humildad; segunda, para que el

linaje humano, olvidado de su remedio, advierta y conozca lo que debe a su Reina y Madre de piedad en las obras de la redención, el amor y reverencia que ella tuvo a Dios y el que debemos tener con esta gran Señora; la tercera, que quien gobierna mi alma y todo el mundo, si fuere conveniente, conozcan mi poquedad y vileza y el mal retorno que doy de lo que recibo.

9. A este mi deseo me respondió la Virgen Santísima: Hija mía, el mundo está muy necesitado de esta doctrina, porque no sabe, ni tiene debida reverencia al Señor Omnipotente; y por esta ignorancia, la audacia de los mortales provoca a la rectitud de su justicia para afligirlos y oprimirlos y están poseídos de su olvido y oscurecidos con sus tinieblas, sin saber buscar el remedio ni atinar con la luz; y esto les viene por faltarles el temor y reverencia que debían tener.— Estos y otros avisos me dieron el Altísimo y la Reina para manifestarme su voluntad en esta obra. Y me pareció temeridad y poca caridad conmigo misma no admitir la doctrina y enseñanza que esta gran Señora ha prometido darme en el discurso de su santísima vida; y tampoco me pareció convenía dilatarlo para otro tiempo, porque el Altísimo me manifestó ser éste el oportuno y conveniente y sobre ello me dijo estas palabras: Hija mía, cuando yo envié al mundo a mi Unigénito, estaba en el peor estado que había tenido desde el principio, fuera de los pocos que me servían; porque la naturaleza humana es tan imperfecta, que si no se reduce al gobierno interior de mi luz y al ejercicio de la enseñanza de mis ministros, sujetando su propio dictamen y siguiéndome a mí, que soy camino, verdad y vida (Jn., 14, 6), y guardando mis mandamientos sin perder mi amistad, dará luego en el profundo de las tinieblas y en innumerables miserias, de abismo en abismo, hasta llegar a la obstinación en el pecado. Desde la creación y el pecado del primer hombre hasta la ley que di a Moisés, se gobernaron

según sus propias inclinaciones y cometieron grandes yerros y pecados. Y aunque, después de la ley, los hacían por no la obedecer y así fueron caminando y alejándose más de la verdad y luz y llegando al estado del sumo olvido, yo con paternal amor envié la salud eterna y la medicina a la naturaleza humana para remedio de sus enfermedades incurables, con que justifiqué mi causa. Y como entonces atendí al tiempo que más resplandeciese esta misericordia, ahora quiero hacerles otra muy grande, porque es el tiempo oportuno de obrarla mientras llegue mi hora, en la cual hallará el mundo tantos cargos y tan sustanciados sus procesos, que conocerán la causa justa de mi indignación; en ella manifestaré mi enojo, justicia y equidad y cuán bien justificada está mi causa. Y para más hacerlo y porque es el tiempo en que el atributo de mi misericordia más se ha de manifestar y en que quiero que mi amor no esté ocioso; ahora, cuando el mundo ha llegado a tan desdichado siglo, después que el Verbo encarnó, y cuando los mortales están más descuidados de su bien y menos le buscan; cuando más cerca de acabarse el día de su transitoria vida, al poner del sol del tiempo, y cuando se llega la noche de la eternidad a los prescitos; cuando a los justos les nace el eterno día sin noche; cuando de los mortales los más están en las tinieblas de su ignorancia y culpas, oprimiendo a los justos y burlando de los hijos de Dios; cuando mi ley santa y divina se desprecia por la inicua materia de estado, tan odiosa como enemiga de mi providencia; cuando menos obligado me tienen los malos; mirando a los justos que hay en este tiempo para ellos aceptable, quiero abrir a todos una puerta, para que por ella entren a mi misericordia, y darles una lucerna, para que se alumbren en las tinieblas de su ceguedad; quiero darles oportuno remedio, si de él se quieren valer, para venir a mi gracia; y serán muy dichosos los que le hallaren y bienaventurados los que conocieren su valor; ricos, los

que encontraren con este tesoro; felices y muy sabios, los que con reverencia le escudriñaren y entendieren sus enigmas y sacramentos; quiero que sepan cuánto vale la intercesión de la que fue remedio de sus culpas, dando en sus entrañas vida mortal al Inmortal; quiero que tengan por espejo, donde vean sus ingratitudes, las obras maravillosas de mi poderoso brazo con esta pura criatura y mostrarles muchas que están ocultas por mis altos juicios, de las que hice con la Madre del Verbo.

10. En la primitiva Iglesia no los manifesté, porque son misterios tan magníficos, que se detuvieran los fieles en escudriñarlos y admirarlos, cuando era necesario que la ley de gracia y el evangelio se estableciese; y aunque todo fuera compatible, pero la ignorancia humana pudiera padecer algunos recelos y dudas, cuando estaba tan en sus principios la fe de la encarnación y redención y los preceptos de la nueva ley evangélica; por esto dijo la persona del Verbo humanado a sus discípulos en la última cena: Muchas cosas tenía que deciros, pero no estáis ahora dispuestos para recibirlas (Jn., 16, 12). Habló en ellos a todo el mundo, que no ha estado dispuesto, hasta asentar la ley de gracia y la fe del Hijo, para introducir los misterios y fe de la Madre; y ahora es mayor la necesidad y ella me obliga más que su disposición. Y si me obligasen reverenciando, creyendo y conociendo las maravillas que en sí encierra la Madre de piedad, y si todos solicitasen su intercesión, tendría el mundo algún reparo, si de corazón lo hiciesen. Y no quiero dejar de ponerles delante esta mística ciudad de refugio; descríbela y dibújala, como tu cortedad alcanzare. Y no quiero que sea esta descripción y declaración de su vida opiniones ni contemplaciones, sino la verdad cierta. Los que tienen oídos de oír, oigan, los que tienen sed, vengan a las cisternas disipadas (Je., 2, 13) los que quieren luz, síganla hasta el fin.— Esto dice el Señor Dios omnipotente.

11. Estas son las palabras que el Altísimo me dijo en la ocasión que he referido; y del modo cómo recibo esta doctrina y luz y cómo conozco al Señor, diré en el capítulo siguiente, cumpliendo con la obediencia que me lo ordena, y para dejar declarado en todos las inteligencias y misericordias que de este género recibo y referiré adelante.

CAPITULO 2

Declárase el modo cómo el Señor manifiesta a mi alma estos misterios y vida de la Reina, en el estado que Su Majestad me ha puesto.

12. Para dejar advertido y declarado en lo restante de esta obra el modo con que me manifiesta el Señor estas maravillas, ha parecido conveniente poner en el principio de este capítulo, donde lo daré a entender como pudiere y me fuere concedido.

13. Después que tengo uso de razón, he sentido un beneficio del Señor, que le juzgo por el mayor de los que su liberal mano me ha hecho, y es haberme dado Su Alteza un temor íntimo y grande de perderle; y éste me ha provocado y movido a desear lo mejor y más seguro y siempre a obrarlo y pedirlo al Altísimo, que ha crucificado mis carnes con esta flecha (Sal., 118, 120), porque temí sus juicios y siempre vivo con este pavor, si perderé la amistad del Todopoderoso y si estoy en ella. Mi pan de día y de noche ha sido las lágrimas (Sal., 41, 4) que me causaba esta solicitud, de la cual me ha nacido en estos últimos tiempos que corren —cuando los discípulos del Señor que profesan su virtud, es menester sean de los ocultos y que no se manifiesten— el hacer grandes peticiones a Dios y solicitar la intercesión de la Reina y Virgen pura, suplicándole con todo mi corazón me

guíe y encamine por un camino recto, oculto a los ojos de los hombres.

14. A estas repetidas peticiones me respondió el Señor: No temas, alma, ni te aflijas, que yo te daré un estado y camino de luz y seguridad, de mi parte tan oculto y estimable, que, si no es el autor de él, no le conocerá; y todo lo exterior y sujeto a peligro te faltará desde hoy y tu tesoro estará escondido; guárdale de tu parte y consérvale con vida perfecta. Yo te pondré en una senda oculta, clara, verdadera y pura; camina por ella.—Desde entonces conocí mudanza en mi interior y un estado muy espiritualizado. Al entendimiento se le dio una nueva luz y se le comunica e infunde ciencia, con la cual conoce en Dios todas las cosas y lo que son en sí sus operaciones y se le manifiestan según es la voluntad del Altísimo que las conozca y vea. Es esta inteligencia y lumen que alumbra, santo, suave y puro, sutil, agudo, noble, cierto y limpio (Sab., 7, 22); hace amar el bien y reprobador el mal; es un vapor de la virtud de Dios y emanación sencilla de su luz (Ib., 25), la cual se me pone, como espejo, delante él entendimiento y con la parte superior del alma y vista interior veo mucho; porque el objeto, con la luz que de él reverbera, se conoce ser infinito, aunque los ojos son limitados y corto el entendimiento. Esta vista es como si el Señor estuviese asentado en un trono de grande majestad, donde se conocieran sus atributos con distinción debajo del límite de la mortalidad; porque le cubre uno como cristal purísimo que media y por él se conocen y divisan estas maravillas y atributos o perfecciones de Dios con grande claridad y distinción, aunque con aquel velo o medio, que impide el verle del todo, inmediata o intuitivamente y sin velo, que es éste como cristal que he dicho. Pero el conocimiento de lo que encubre no es penoso, sino admirable para el entendimiento; porque se entiende que es infinito el objeto y limitado el que le mira y le da esperanzas que, si

lo granjea, se correrá aquel velo y quitará lo que media cuando se desnude el alma de la mortalidad del cuerpo (2 Cor., 5, 4).

15. En este conocimiento hay modos o grados de ver de parte del Señor, según es la voluntad divina mostrarlo, porque es espejo voluntario. Unas veces se manifiesta más claramente, otras menos; unas veces se muestran unos misterios ocultando otros, y siempre grandes. Y esta diferencia suele seguir también la disposición del alma; porque si no está con toda quietud y paz, o ha cometido alguna culpa o imperfección, por pequeña que sea, no se alcanza a ver esta luz en el modo que digo y donde se conoce al Señor con tanta claridad y certeza, que no deja duda alguna de lo que se entiende. Pero primero y mejor se conoce ser Dios el que está presente, que se entienda todo lo que Su Majestad habla. Y este conocimiento hace una fuerza suave, fuerte y eficaz para amar, servir y obedecer al Altísimo. En esta claridad se conocen grandes misterios: cuánto vale la virtud y cuán preciosa cosa es tenerla y obrarla; conócese su perfección y seguridad; siéntese una virtud y fuerza que compele a lo bueno y hace oposición y pugna con lo malo y con las pasiones y muchas veces las vence; y si el alma goza de esta luz y vista, y no la pierde, no es vencida ((Sab., 7, 30), porque la da ánimo, fervor, seguridad y alegría; cuidadosa y solícita, llama y levanta, da ligereza y brío, llevando tras de sí lo superior del alma a lo inferior, y aun el cuerpo se aligera y queda como espiritualizado por aquel tiempo, suspendiéndose su gravamen y peso.

16. Y como el alma conoce y siente estos dulces efectos, con amoroso afecto dice al Altísimo: *Trahe me post te* (Cant., 1, 3) y correremos juntos; porque, unida con su amado, no siente las operaciones terrenas; y dejándose llevar del dolor de estos unguentos de su querido, viene a estar más donde ama que donde anima; deja desierta la

parte inferior y, cuando la vuelve a buscar, es para perfeccionarla, reformando y como degollando estos animales apetitos de las pasiones; y si tal vez se quieren rebelar, los arroja el alma con velocidad, porque ya no vivo yo, pero Cristo vive en mí (Gál., 2, 20).

17. Siéntese aquí por cierto modo en todas las operaciones santas y movimientos la asistencia del espíritu de Cristo, que es Dios y es vida del alma (1 Jn., 5, 11-12), conociéndose en el fervor, en el deseo, en la luz, en la eficacia para obrar, una fuerza interior que sólo Dios la puede hacer. Siéntese la continuación y virtud de esta luz y el amor que causa y una habla íntima, continuada y viva, que hace atender a todo lo que es divino y abstrae de lo terreno; en que se manifiesta vivir Cristo en mí, su virtud y luz, que siempre luce en las tinieblas. Esto es propiamente estar en los atrios de la casa del Señor, porque está el alma a la vista donde reverbera la claridad de la lucerna del Cordero (Ap., 21, 23).

18. No digo que es toda la luz, pero es parte; y esta parte es un conocimiento sobre las fuerzas y virtud de la criatura. Y para esta vista anima el Altísimo al entendimiento, dándole una cualidad y lumen para que esta potencia se proporcione con el conocimiento, que es sobre sus fuerzas; y esto también se entiende y conoce en este estado con la certeza que se creen o conocen las demás cosas divinas, pero aquí también acompaña la fe; y en este estado muestra el Todopoderoso al alma el valor de esta ciencia y lumbre que le infunde; no se puede extinguir su luz, y todos los bienes me vinieron juntos con ella y por sus manos una honestidad de grande precio. Esta lucerna va delante de mí, enderezando mis caminos; aprendíla sin ficción y deseo comunicarla sin envidia y no esconder su honestidad; es participación de Dios y su uso es buen deleite y alegría (Sab., 7, 10-13). De

improviso enseña mucho y reduce el corazón y con fuerza poderosa lleva y aparta de lo engañoso, en lo cual, sólo mirándolo a esta luz, se halla una inmensidad de amargura, con que más se aleja de esto momentáneo y corriendo huye el alma al sagrado y refugio de la verdad eterna y entra en la bodega del adobado vino, donde ordena el Muy Alto en mí la caridad (Cant., 2, 4). Y con ella me compele a que sea paciente y sin envidia, que sea benigna sin ofender a nadie, que no sea soberbia, ni ambiciosa, que no me aire, ni piense mal de nadie, que todo lo sufra y lo tolere (1 Cor., 13, 4), siempre me da voces (Prov., 8, 1) y amonesta en mi secreto con fuerza poderosa, para que obre lo más santo y puro, enseñándomelo en todo; y si falto, aun en lo más pequeño, me reprende sin disimular cosa alguna.

19. Esta es luz que a un mismo tiempo alumbra, fervoriza, enseña, reprende, mortifica y vivifica, llama y detiene, amonesta y compele; enseña con distinción el bien y el mal, lo encumbrado y lo profundo, la longitud y latitud (Ef., 3, 18); el mundo, su estado, su disposición, sus engaños, tabulaciones y falacias de sus moradores y amadores y, sobre todo, me enseña a hollarlo y pisarlo y levantarme al Señor, mirándole como a supremo dueño y gobernador de todo. Y en Su Majestad veo y conozco la disposición de las cosas, las virtudes de los elementos, el principio, medio y fin de los tiempos y sus mutaciones y variedad, el curso de los años, la armonía de todas las criaturas y sus cualidades (Sab., 7, 17-20); todo lo escondido, los hombres, sus operaciones y pensamientos y lo que distan de los del Señor; los peligros en que viven y sus caminos siniestros por donde corren; los estados, los gobiernos, su momentánea firmeza y poca estabilidad; lo que es todo su principio y su fin, lo que tienen de verdad o de mentira. Todo esto se ve y conoce en Dios distintamente con esta luz, conociendo las personas y condiciones. Pero descendiendo a otro estado más

inferior y que el alma tiene de ordinario, en que usa de la sustancia y hábito de la luz, aunque no de toda su claridad, en éste hay alguna limitación de aquel conocimiento tan alto de personas y estados, secretos y pensamientos que he dicho; porque aquí, en este inferior lugar, no tengo más conocimiento de lo que basta para apartarme del peligro y huir del pecado, compadeciéndome con verdadera ternura de las personas, sin darme licencia para hablar con claridad con nadie, ni descubrir lo que conozco; ni pudiera hacerlo, porque parece quedo muda, si no es cuando el autor de estas obras tal vez da licencia y ordena que amoneste a algún prójimo, pero no ha de ser declarando el modo, sino hablando al corazón con razones llanas, lisas, comunes y caritativas en Dios y pedir por estas necesidades, que para esto me lo enseñan.

20. Y aunque todo esto he conocido con claridad, jamás el Señor me ha mostrado el fin malo de ninguna alma que se haya condenado; y ha sido providencia divina, porque es así justo y no se ha de manifestar la condenación de nadie sin grandes fines y, porque si lo conociera, juzgo muriera de pena; y fuera efecto del conocimiento de esta luz, porque es gran lástima ver que alguna alma carezca para siempre de Dios; y le he suplicado no me muestre ninguno que se condene; si puedo librar con la vida a alguno que esté en pecado, no rehusaré el trabajo, ni que el Señor me lo muestre; pero el que no tiene remedio, no le vea yo.

21. Danme esta luz, no para que declare mi sacramento en particular, sino para que con prudencia y sabiduría use de él. Quédame este lumen como una sustancia que vivifica —aunque es accidente— que emana de Dios y un hábito para usar de él, ordenando bien los sentidos y parte inferior; pero en la superior del espíritu siempre goza de una visión y habitación de paz; y conozco

intelectualmente todos los misterios y sacramentos que se me muestran de la vida de la Reina del cielo y otros muchos de la fe, que casi incesantemente tengo presentes; a lo menos la luz nunca la pierdo de vista. Y si alguna vez desciendo, como criatura, con atención a la conversación humana, luego me llama el Señor con rigor y fuerza suave y me vuelve a la atención de sus palabras y locuciones y al conocimiento de estos sacramentos, gracias y virtudes y obras exteriores e interiores de la Madre Virgen, como iré declarando.

22. A este modo, y en los estados y luz que digo, veo también y conozco a la misma Reina y Señora nuestra, cuando me habla y a los santos ángeles y su naturaleza y excelencia; y unas veces los conozco y veo en el Señor y otra en sí mismos, pero con diferencia, porque, para conocerlos en sí mismos, desciendo algún grado más inferior; y también conozco esto; y resulta de la diferencia de los objetos y el modo de mover al entendimiento. En este grado más inferior veo, hablo y (entiendo a los santos príncipes, conversan conmigo y me declaran muchos de los misterios que el Señor me ha mostrado; y la Reina del cielo me declara y manifiesta los de su santísima vida y los sucesos admirables de ella; y con distinción conozco a cada una de estas personas por sí, sintiendo los efectos divinos que cada cual respectivamente hace en el alma.

23. En el Señor los veo como en espejo voluntario, mostrándome Su Majestad los santos que quiere y como gusta, con una claridad grande y efectos más superiores; porque se conoce con admirable luz el mismo Señor y a los santos y sus excelentes virtudes y maravillas y cómo las obraron con la gracia y en cuya virtud todo lo pudieron (Flp., 4, 13). Y en este conocimiento queda la criatura más abundante y adecuadamente llena de gozo, que la llena de más virtud y satisfacción y queda como en

el descanso de su centro; porque cuanto es más intelectual y menos corpóreo e imaginario, es la luz más fuerte y los efectos más altos, mayor la sustancia y certeza que se siente. Pero también hay aquí una diferencia, que se conoce ser más superior la vista o conocimiento del mismo Señor y de sus atributos y perfecciones, y sus efectos son dulcísimos e inefables; y qué es grado más inferior ver y conocer las criaturas aun en el mismo Señor; y esta inferioridad me parece que en parte nace de la misma alma, que, como su vista es tan limitada, no atiende tanto ni conoce a Dios con las criaturas, como a sólo Su Majestad sin ellas; y esta vista sola parece que tiene más plenitud de gozo que el ver en Dios las criaturas; tan delicado es este conocimiento de la divinidad, que atender en ella a otra cosa le impide algo, a lo menos mientras somos mortales.

24. En el otro estado más inferior del que he dicho, veo a la Virgen santísima en sí misma y a los ángeles; entiendo y conozco el modo de enseñarme y hablarme e ilustrarme, que es semejante y a la manera que los mismos ángeles se dan luz y comunican y hablan unos a otros y alumbran los superiores a los inferiores. El Señor da esta luz como primera causa, pero de aquélla participada, que esta Reina goza con tanta plenitud, la comunica a la parte superior del alma, conociendo yo a Su Alteza y sus prerrogativas y sacramentos del modo que el ángel inferior conoce lo que le comunica el superior. También se conoce por la doctrina que enseña y por la eficacia que tiene y por otras condiciones que se sienten y gustan de la pureza, alteza y verdad de la visión, donde nada oscuro, impuro, falso o sospechoso se reconoce y nada santo, limpio y verdadero se deja de reconocer. Lo mismo me sucede en su modo con los santos príncipes; y así me lo ha mostrado muchas veces el Señor que la comunicación e ilustración con mi interior es como la tienen ellos entre sí mismos. Y muchas veces

me sucede que pasa la iluminación por todos estos arcaduces y conductos: que el Señor da la inteligencia y luz, o el objeto de ella, y la Virgen santísima la declara y los ángeles me dan los términos. Otras veces, y lo más ordinario, lo hace todo el Señor y me enseña la doctrina; otras lo hace la Reina, dándolo ella todo, y otras los ángeles. Y también suelen darme la inteligencia sola, y los términos para declararme los tomo yo de lo que tengo entendido; y en esto podría errar, si lo permitiese el Señor, porque soy mujer ignorante y me valgo de lo que he oído; y cuando tengo alguna dificultad en declarar las inteligencias, acudo a mi maestro y padre espiritual en las materias más arduas y difíciles.

25. Visiones corpóreas en estos tiempos y estados tengo muy pocas veces, pero algunas imaginarias sí; y éstas son en grado mucho más inferior a todos los que tengo dichos, que son muy superiores y espirituales o intelectuales. Y lo que puedo asegurar es que en todas las inteligencias, grandes y pequeñas, inferiores y superiores, del Señor y de la Virgen santísima y de los santos ángeles, en todas ellas recibo abundantísima luz y doctrina muy provechosa, en que veo y conozco la verdad, la mayor perfección y santidad; y siento una fuerza y luz divina que me compele a desear la mayor pureza del alma y la gracia del Señor y morir por ella y obrar en todo lo mejor. Y con estos grados y modos de inteligencias que he dicho, conozco todos los misterios de la vida de la Reina del cielo con grande provecho y júbilo de mi espíritu. Por lo cual de todo mi corazón y mente magnifico al Todopoderoso, le engrandezco, adoro y confieso por santo y omnipotente Dios, fuerte y admirable, digno de alabanza, magnificencia, gloria y reverencia por todos los siglos. Amén.

CAPITULO 3

De la inteligencia que tuve de la divinidad y del decreto que Dios tuvo de criar todas las cosas.

26. ¡Oh Rey altísimo y sapientísimo Señor, cuán incomprensibles son tus juicios y tus caminos investigables (Rom., 11, 33)! Dios invicto, que has de permanecer para siempre (Eclo., 18, 1) y no se te conoce origen ¿quién podrá conocer tu grandeza y bastará para contar tus magníficas obras? ¿Y quién te podrá decir por qué así lo hiciste? Pues tú eres altísimo sobre todos y nuestra vista no te puede alcanzar, ni nuestro entendimiento comprender. ¡Bendito seas, Rey magnífico, porque te dignaste mostrar a esta tu esclava y vil gusanillo grandes sacramentos y altísimos misterios, levantando mi habitación y suspendiendo mi espíritu adonde vi lo que no sabré decir! Vi al Señor y Criador de todos; vi una Alteza en sí misma antes de criar otra cosa alguna; ignoro el modo cómo se me mostró, más no lo que vi y entendí. Y sabe Su Majestad, que todo lo comprende, que para hablar de su deidad mi pensar se suspende, mi alma se conturba, mis potencias en sus operaciones se atajan y toda la parte superior deja a la inferior desierta, despide a los sentidos y vuela adonde ama, desamparando a quien anima; y en estos desalientos y deliquios amorosos, mis ojos derraman lágrimas y enmudece mi lengua. ¡Oh altísimo e incomprensible Señor mío, objeto infinito de mi entendimiento, cómo a tu vista, porque eres sin medida y eterno, me hallo aniquilada y mi ser se pega con el polvo y apenas diviso lo que soy! ¿Cómo esta pequeñez y miseria se atreve a mirar tu magnificencia y grande majestad? Anima, Señor, mi ser, fortalece mi vista y da aliento a mi pavor, para que pueda referir lo que he visto y obedecer tu mandamiento.

27. Vi al Altísimo con el entendimiento, cómo estaba Su Alteza en sí mismo, y tuve clara inteligencia con una

noticia verdadera de que es un Dios infinito en sustancia y atributos, eterno, suma trinidad en tres personas y un solo Dios verdadero; tres, porque se ejercitan las operaciones de conocerse, comprenderse y amarse; y sólo uno, por conseguir el bien de la unidad eterna. Es trinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre no es hecho, ni criado, ni engendrado, ni puede serlo, ni tener origen. Conocí que el Hijo le trae del Padre sólo por eterna generación y son iguales en duración de eternidad y es engendrado de la fecundidad del entendimiento del Padre. El Espíritu Santo procede del Padre y el Hijo por amor. En esta individua Trinidad no hay cosa que se pueda decir primera ni postrera, mayor ni menor; todas tres personas en sí son igualmente eternas y eternamente iguales; que es una unidad de esencia en trinidad de personas y un Dios en la individual trinidad y tres personas en la unidad de una sustancia. Y no se confunden las personas por ser un Dios, ni se aparta o se divide la sustancia por ser tres personas; y siendo distintas en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, es una misma la divinidad, igual la gloria y la majestad, el poder, la eternidad, inmensidad, sabiduría y santidad y todos los atributos. Y aunque son tres las personas en quien subsisten estas perfecciones infinitas, es uno solo el Dios verdadero, el santo, justo, poderoso, eterno y sin medida.

28. Tuve también inteligencia de que esta divina Trinidad se comprende con una vista simple y sin que sea necesaria nueva ni distinta noticia; sabe el Padre lo que el Hijo, y el Hijo y el Espíritu Santo lo que el Padre; y que se aman entre sí recíprocamente con un mismo amor inmenso y eterno; y es una unidad de entender, amar y obrar, igual e indivisible; que es una simple, incorpórea, indivisible naturaleza, un ser de Dios verdadero, en quien están en supremo e infinito grado todas las perfecciones juntas y recopiladas.

29. Conocí la condición de estas perfecciones del Altísimo, que es hermoso sin fealdad, grande sin cantidad, bueno sin calidad, eterno sin tiempo, fuerte sin flaqueza, vida sin mortalidad, verdadero sin falsedad; presente en todo lugar, llenándole sin ocuparle, que está en todas las cosas sin extensión; no tiene contradicción en la bondad, ni defecto en la sabiduría; es en ella inestimable, en consejo terrible, en juicios justo, en pensamientos secretísimo, en palabras verdadero, en obras santo, en tesoros rico; a quien ni el espacio le ensancha, ni la estrechez de lugar es angosta, ni la voluntad es varia, ni lo triste lo conturba, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden; a quien ni el origen dio principio, ni el tiempo dará fin. ¡Oh inmensidad eterna, qué interminables espacios en ti he visto! ¡Qué infinidad reconozco en vuestro ser infinito! No se termina la vista, ni se acaba mirando a este objeto ilimitado. Este es el ser inmutable, el ser sobre todo ser, la santidad perfectísima, la verdad constantísima; esto es lo infinito, la latitud, longitud, la alteza y profundidad, la gloria y su causa, el descanso sin fatiga, la bondad en grado inmenso. Todo lo vi junto y no acierto a decir lo que vi.

30. Vi al Señor cómo estaba antes de criar cosa alguna y con admiración reparé dónde tenía su asiento el Altísimo, porque no había cielo empíreo, ni los demás inferiores, ni sol, luna ni estrellas, ni elementos, y sólo estaba el Criador sin haberlo criado. Todo estaba desierto, sin el ser de los ángeles, ni de los hombres, ni de los animales; y por esto conocí que de necesidad se había de conceder estaba Dios en su mismo ser y que de ninguna cosa de las que crió tuvo necesidad, ni las hubo menester, porque tan infinito era en atributos antes de criarlas como después; y en toda su eternidad los tuvo y los tendrá, por estar como en sujeto independiente e increado. Y ninguna perfección perfecta y simple puede faltar a su divinidad, porque ella

sola es la que es y contiene todas las perfecciones que se hallan en todas las criaturas por inefable y eminente modo, y todo cuanto tiene ser está en aquel ser infinito como efectos en su causa.

31. Conocí, pues, que en el estado de su mismo ser estaba el Altísimo, cuando entre las tres divinas personas —a nuestro entender— se decretó el comunicar sus perfecciones de manera que hiciesen dones de ellas. Y es de advertir, para mejor declararme, que Dios entiende todas las cosas con un acto en sí mismo indivisible y simplicísimo y sin discurso; y no procede del conocimiento de una cosa a conocer otra, como nosotros procedemos, discurrendo y conociendo primero una con un acto del entendimiento y luego otra con otro; porque Dios todas las conoce juntamente de una vez, sin que haya en su entendimiento infinito primero ni postrero, que allí todas están juntas en la noticia y ciencia divina increada, como lo están en el ser de Dios, donde se encierran y contienen como en primer principio.

32. En esta ciencia, que primero se llama de simple inteligencia, según la natural precedencia del entendimiento a la voluntad, se ha de considerar en Dios un orden, no de tiempo, mas de naturaleza, según el cual orden, primero entendemos que tuvo acto de entendimiento que de voluntad; porque primero consideramos sólo el acto de entender, sin decreto de querer criar alguna cosa. Pues en este estado o instante confirieron las tres divinas personas, con aquel acto de entender, la conveniencia de las obras ad extra y de todas las criaturas que han sido y serán futuras.

33. Y porque Su Majestad quiso dignarse de responderme al deseo que le propuse, indigna, de saber el orden que tuvo, o el que nosotros debemos entender, en la determinación de criar todas las cosas —y yo lo

pedía para saber el lugar que en la mente divina tuvo la Madre de Dios y Reina nuestra— diré, como pudiere, lo que se me respondió y manifestó y el orden que entendí en estas ideas en Dios, reduciéndolo a instantes; porque sin esto no se puede acomodar a nuestra capacidad la noticia de esta ciencia divina, que ya se llama aquí ciencia de visión, adonde pertenecen las ideas o imágenes de las criaturas que decretó criar y tiene en su mente ideadas, conociéndolas infinitamente mejor que nosotros las vemos y conocemos ahora.

34. Pues aunque esta divina ciencia es una y simplicísima e indivisible, pero como las cosas que mira son muchas, y entre ellas hay orden, que unas son primero y otras después, unas tienen ser o existencia por otras con dependencia de las unas a las otras; por esto, es necesario dividir la ciencia de Dios, y lo mismo la voluntad, en muchos instantes o en muchos actos que correspondan a diversos instantes, según el orden de los objetos; y así decimos que Dios entendió y determinó primero esto que aquello y lo uno por lo otro; y que si primero no quisiera o conociera con ciencia de visión una cosa, no quisiera la otra. Y no por esto se ha de entender que tuvo Dios muchos actos de entender ni querer; mas queremos significar que las cosas están entre sí encadenadas y suceden unas a otras; e imaginándolas con este orden objetivo, refundimos, para entenderlas mejor, el mismo orden en los actos de la divina ciencia y voluntad.

CAPITULO 4

Distribúyense por instantes los divinos decretos, declarando lo que en cada uno determinó Dios acerca de su comunicación ad extra.

35. Este orden entendí que se debía distribuir por los

instantes siguientes. El primero es en el que conoció Dios sus divinos atributos y perfecciones, con la propensión e inefable inclinación a comunicarse fuera de sí; y éste fue el primer conocimiento de ser Dios comunicativo *ad extra*, mirando Su Alteza la condición de sus infinitas perfecciones, la virtud y eficacia que en sí tenían para obrar magníficas obras. Vio que tan suma bondad era convenientísimo en su equidad, y como debido y forzoso, comunicarse, para obrar según su inclinación comunicativa y ejercer su liberalidad y misericordia, distribuyendo fuera de sí con magnificencia la plenitud de sus infinitos tesoros encerrados en la divinidad. Porque, siendo todo infinito, le es mucho más natural hacer dones y gracias que al fuego subir a su esfera, a la piedra bajar al centro y al sol derramar su luz; y este mar profundo de perfecciones, esta abundancia de tesoros, esta infinidad impetuosa de riquezas, todo se encamina a comunicarse por su misma inclinación y por el querer y saber del mismo Dios, que se comprendía y sabía que el hacer dones y gracias comunicándose no era disminuirlas, 'mas en el modo posible acrecentarlas, dando despiciente a aquel manantial inextinguible de riquezas.

36. Todo esto miró Dios en aquel primer instante, después de la comunicación *ad intra* por las eternas emanaciones, y mirándolo se halló como obligado de sí mismo a comunicarse *ad extra*, conociendo ser santo, justo, misericordioso y piadoso el hacerlo; pues nadie se lo podía impedir y, conforme a nuestro modo de entender, podemos imaginar no estaba Dios quieto ni sosegado del todo en su misma naturaleza hasta llegar al centro de las criaturas, donde y con quien tiene sus delicias (Prov., 8, 31) con hacerlas participantes de su divinidad y perfecciones.

37. Dos cosas me admiran, suspenden y enternecen

mi tibio corazón, dejándole aniquilado en este conocimiento y luz que tengo: la primera es aquella inclinación y peso que vi en Dios y la fuerza de su voluntad para comunicar su divinidad y los tesoros de su gloria; la segunda es la inmensidad inefable e incomprensible de los bienes y dones que conocí quería distribuir, como que los señalaba desti nándolos para esto, y quedándose infinito, como si nada diera. Y en esta inclinación y deseo que su grandeza tenía, conocí estaba dispuesto para santificar, justificar y llenar de dones y perfecciones a todas las criaturas juntas y a cada una de por sí, dando a cada una más que tienen todos los santos ángeles y serafines todos juntos, aunque las gotas del mar y sus arenas, las estrellas, plantas, elementos y todas las criaturas irracionales fueran capaces de razón y de sus dones, como de su parte se dispusieran y no tuvieran óbice que lo impidiera. ¡Oh terribilidad del pecado y su malicia, que tú sola bastas para detener la impetuosa corriente de tantos bienes eternos!

38. El segundo instante fue conferir y decretar esta comunicación de la divinidad con la razón y motivos de que fuese para mayor gloria *ad extra* y exaltación de Su Majestad con la manifestación de su grandeza. Y esta exaltación propia miró Dios en este instante como fin de comunicarse y darse a conocer en la liberalidad de derramar sus atributos y usar de su omnipotencia, para ser conocido, alabado y glorificado.

39. El tercer instante fue conocer y determinar el orden y disposición o el modo de esta comunicación en la forma que se consiguiese el más glorioso fin de obrar tan ardua determinación: el orden que había de haber en los objetos y el modo y diferencia de comunicárseles la divinidad y atributos; de suerte que aquel como movimiento del Señor tuviese honesta razón y proporcionados objetos y que entre ellos se hallase la

más hermosa y admirable disposición, armonía y subordinación. En este instante se determinó en primer lugar que el Verbo divino tomase carne y se hiciese visible y se decretó la perfección y compostura de la humanidad santísima de Cristo nuestro Señor y quedó fabricada en la mente divina; y en segundo lugar, para los demás a su imitación, ideando la mente divina la armonía de la humana naturaleza con su adorno y compostura de cuerpo orgánico y alma para él, con sus potencias para conocer y gozar de su Criador, discerniendo entre el bien y el mal, con voluntad libre para amar al mismo Señor.

40. Y esta unión hipostática de la segunda persona de la santísima Trinidad con la naturaleza humana, entendí que era como forzoso fuese la primera obra y objeto adonde primero saliese el entendimiento y voluntad divina *ad extra*, por altísimas razones que no podré explicar. Una es porque, después de haberse Dios entendido y amado en sí mismo, el mejor orden era conocer y amar a lo que era más inmediato a su divinidad, cual es la unión hipostática. Otra razón es porque también debía la divinidad sustancialmente comunicarse *ad extra*, habiéndose comunicado *ad intra*, para que la intención y voluntad divina comenzase por el fin más alto sus obras y se comunicasen sus atributos con hermosísimo orden; y aquel fuego de la divinidad obrase primero y todo lo posible en lo que estaba más inmediato a él, como era la unión hipostática, y primero comunicase su divinidad a quien hubiese de llegar al más alto y excelente grado después del mismo Dios en su conocimiento y amor, operaciones y gloria de su misma deidad; porque no se pusiera Dios —a nuestro bajo modo de entender— como a peligro de quedarse sin conseguir este fin, que sólo Él era el que podía tener proporción y como justificación de tan maravillosa obra. También era conveniente y como necesario, si Dios quería criar

muchas criaturas, que las criase con armonía y subordinación y que ésta fuese la más admirable y gloriosa que ser pudiese. Y conforme a esto, habían de tener una que fuese cabeza y suprema a todas y, cuanto fuese posible, inmediata y unida con Dios y que por ella pasasen todos y llegasen a su divinidad. Y por estas y otras razones que no puedo explicar, sólo en el Verbo humano se pudo satisfacer a la dignidad de las obras de Dios; y con él había hermosísimo orden en la naturaleza y sin él no le hubiera.

41. El cuarto instante fue decretar los dones y gracias que se le habían de dar a la humanidad de Cristo Señor nuestro, unida con la divinidad. Aquí desplegó el Altísimo la mano de su liberal omnipotencia y atributos para enriquecer aquella humanidad santísima y alma de Cristo con la abundancia de dones y gracias en la plenitud y grado posible. Y en este instante se determinó lo que dijo después David (Sal., 45, 5); El ímpetu del río de la divinidad alegra la ciudad de Dios, encaminándose el corriente de sus dones a esta humanidad del Verbo, comunicándole toda la ciencia infusa y beata, gracia y gloria, de que su alma santísima era capaz y convenía al sujeto que juntamente era Dios y hombre verdadero y cabeza de todas las criaturas capaces de la gracia y gloria, que de aquel impetuoso corriente había de resultar en ellas con el orden que resultó.

42. A este mismo instante, consiguientemente y como en segundo lugar, pertenece el decreto y predestinación de la Madre del Verbo humanado; porque aquí entendí fue ordenada esta pura criatura, antes que hubiese otro decreto de criar otra alguna. Y así fue primero que todas concebida en la mente divina, como y cual pertenecía y convenía a la dignidad, excelencia y dones de la humanidad de su Hijo santísimo; y a ella se encaminó luego inmediatamente con él todo el ímpetu del río de la

divinidad y sus atributos, cuanto era capaz de recibirle una pura criatura y como convenía para la dignidad de Madre.

43. En la inteligencia que tuve de estos altísimos misterios y decretos, confieso me arrebató la admiración, llevándome fuera de mi propio ser; y conociendo a esta santísima y purísima criatura, formada y criada en la mente divina desde *ab initio* y antes que todos los siglos, con alborozo y júbilo de mi espíritu magnifico al Todopoderoso por el admirable y misterioso decreto que tuvo de criarnos tan pura, grande, mística y divina criatura, más para ser admirada con alabanza de todas las demás que para ser descrita de ninguna; y en esta admiración pudiera yo decir lo que San Dionisio Areopagita , que si la fe no me enseñara y la inteligencia de lo que estoy mirando no me diera a conocer que es Dios quien la está formando en su idea y que sola su omnipotencia podía y puede formar tal imagen de su Divinidad, si no se me mostrara todo a un tiempo, pudiera dudar si la Virgen Madre tenía en sí Divinidad.

44. ¡Oh, cuántas lágrimas producen mis ojos y qué dolorosa admiración siente mi alma de ver que este divino prodigio no sea conocido, ni esta maravilla del Altísimo no sea manifiesta a todos los mortales! Mucho se conoce, pero ignórase mucho más, porque este libro sellado no ha sido abierto. Suspensa quedo en el conocimiento de este tabernáculo de Dios y reconozco a su autor por más admirable en su formación que en el resto de todo lo demás criado e inferior a esta Señora; aunque la diversidad de criaturas manifiesta con admiración el poder de su Criador, pero en sola esta Reina de todas se encierran y contienen más tesoros que en todas juntas, y la variedad y precio de sus riquezas engrandecen al Autor sobre todas las criaturas juntas.

45. Aquí —a nuestro entender— se le dio palabra al Verbo y se le hizo como contrato de la santidad, perfección y dones de gracia y gloria que había de tener la que había de ser su Madre; y la protección, amparo y defensa que se tendría de esta verdadera ciudad de Dios, en quien contempló Su Majestad las gracias y merecimientos que por sí había de adquirir esta Señora y los frutos que había de granjear para su pueblo con el amor y retorno que daría a Su Majestad. En este mismo instante, y como en tercero y último lugar, determinó Dios criar lugar y puesto donde habitasen y fuesen conversables el Verbo humanado y su Madre; y en primer lugar, para ellos y por ellos solos crió el cielo y tierra con sus astros y elementos y lo que en ellos se contiene; y el segundo intento y decreto fue para los miembros de que fuese cabeza y vasallos de quién fuese rey; que con providencia real se dispuso y previno de antemano todo lo necesario y conveniente.

46. Paso al quinto instante, aunque ya topé lo que buscaba. En este quinto, fue determinada la creación de la naturaleza angélica que, por ser más excelente y correspondiente en ser espiritual a la divinidad, fue primero prevista, y decretada su creación y disposición admirable de los nueve coros y tres jerarquías. Y siendo criados de primera intención para gloria de Dios y asistir a su divina grandeza y que le conociesen y amasen, consiguiente y secundariamente fueron ordenados para que asistiesen, glorificasen y honrasen, reverenciasen y sirviesen a la humanidad deificada en el Verbo eterno, reconociéndola por cabeza, y en su Madre santísima María, Reina de los mismos ángeles, y les fuese dada comisión para que por todos sus caminos los llevasen en las manos (Sal., 90, 12). Y en este instante les mereció Cristo Señor nuestro con sus infinitos merecimientos, presentes y previstos, toda la gracia que recibiesen; y fue instituido por su cabeza, ejemplar y supremo Rey, de

quien eran vasallos; y aunque fuera infinito el número de los ángeles, fueron sufficientísimos los méritos de Cristo para merecerles la gracia.

47. A este instante toca la predestinación de los buenos y reprobación de los malos ángeles; y en él vio y conoció Dios, con su infinita ciencia, todas las obras de los unos y de los otros con el orden debido, para predestinar con su libre voluntad y liberal misericordia a los que le habían de obedecer y reverenciar y para reprobado con su justicia a los que se habían de levantar contra Su Majestad en soberbia e inobediencia por su desordenado amor propio. Y al mismo instante fue la determinación de criar el cielo empíreo, donde se manifestase su gloria y premiase en ella a los buenos, y la tierra y lo demás para otras criaturas, y en el centro o profundo de ella el infierno para castigo de los malos ángeles.

48. En el sexto instante fue determinado criar pueblo y congregación de hombres para Cristo, ya antes predeterminado en la mente y voluntad divina, y a cuya imagen y semejanza se decretó la formación del hombre, para que el Verbo humanado tuviese hermanos semejantes e inferiores y pueblo de su misma naturaleza, de quien fuese cabeza. En este instante se determinó el orden de la creación de todo el linaje humano, que comenzase de uno solo y de una mujer y de ellos se propagase hasta la Virgen y su Hijo por el orden que fue concebido. Ordenóse por los merecimientos de Cristo nuestro bien, la gracia y dones que se les había de dar y la justicia original si querían perseverar en ella; viose la caída de Adán y de todos en él, fuera de la Reina, que no entró en este decreto; ordenóse el remedio y que fuese pasible la humanidad santísima; fueron escogidos los predestinados por liberal gracia y reprobados los prescitos por la recta justicia; ordenóse todo lo necesario y conveniente a la conservación de la naturaleza y a

conseguir este fin de la redención y predestinación, dejando su voluntad libre a los hombres, porque esto era más conforme a su naturaleza y a la equidad divina; y no se les hizo agravio, porque si con el libre albedrío pudieron pecar, con la gracia y luz de la razón pudieran no hacerlo, y Dios a nadie había de violentar, como tampoco a nadie falta ni le niega lo necesario; y si escribió su ley en todos los corazones humanos, ninguno tiene disculpa en no le reconocer y amar como a sumo bien y autor de todo lo criado.

49. En la inteligencia de estos misterios conocía con grande claridad y fuerza los motivos tan altos que los mortales tienen de alabar y adorar la grandeza del Criador y Redentor de todos, por lo que en estas obras se manifestó y engrandeció; y también conocía cuán tardos son en el conocimiento de estas obligaciones y en el retorno de tales beneficios, y la querrela e indignación que el Altísimo tiene de este olvido. Y mandóme y exhortóme Su Majestad no cometiese yo tal ingratitud, pero que le ofreciese sacrificio de alabanza y cantar nuevo y le magnificase por todas las criaturas.

50. ¡Oh altísimo e incomprensible Señor mío, quién tuviera el amor y perfecciones de todos los ángeles y justos, para confesar y alabar dignamente tu grandeza! Confieso, Señor grande y poderoso, que no pudo esta vilísima criatura merecer tan memorable beneficio, como darme esta noticia y luz tan clara de tu altísima Majestad; a cuya vista veo también mi parvulez, que antes de esta dichosa hora ignoraba, y no conocía cuál y qué era la virtud de la humildad que en esta ciencia se aprende. No quiero decir ahora que la tengo, pero tampoco niego que conocí el camino cierto para hallarla; porque tu luz, ¡oh Altísimo!, me iluminó y tu lucerna me enseñó las sendas (Sal., 118, 105) por donde veo lo que he sido y soy y temo lo que puedo ser. Alumbraste, Rey

altísimo, mi entendimiento e inflamaste mi voluntad con el nobilísimo objeto de estas potencias y toda me rendiste a tu querer; y así lo quiero confesar a todos los mortales, para que me dejen y dejarlos. Yo soy para mi amado y, aunque lo desmerezco, mi amado para mí (Cant., 2, 16). Alienta, pues, Señor, a mi flaqueza para que tras de tus olores corra y corriendo te alcance (Cant., 1, 3) y alcanzándote no te deje ni te pierda.

51. Muy corta y balbuciente soy en este capítulo, porque se pudieran hacer de él muchos libros; pero callo porque no sé hablar y soy mujer ignorante y porque mi intento sólo ha sido declarar cómo la Virgen Madre fue ideada y prevista *ante saecula* en la mente divina (Eclo., 24, 14). Y por lo que sobre este altísimo misterio he entendido, me convierto a mi interior y con admiración y silencio alabo al Autor de estas grandezas con el cántico de los bienaventurados, diciendo: Santo, Santo, Santo, Dios de Sabaot (Is., 6, 3).

CAPITULO 5

De las inteligencias que me dio el Altísimo de la Escritura Sagrada, en confirmación del capítulo precedente; son del octavo de los Proverbios.

52. Hablaré, Señor, con tu gran Majestad, pues eres Dios de las misericordias, aunque yo soy polvo y ceniza, y suplicaré a tu grandeza incomprensible mires de tu altísimo trono a esta vilísima y más inútil criatura: y me seas propicio, continuando tu luz para iluminar mi entendimiento. Habla, Señor, que tu sierva oye (1 Sam., 3, 10).—Habló, pues, el Altísimo y enmendador de los sabios (Sab., 7, 15) y remitióme al capítulo 8 de los Proverbios, donde me dio la inteligencia de este misterio, como en aquel capítulo se encierra, y primero me fue declarada la letra, como ella suena, que es la siguiente:

53. *El Señor me poseyó en el principio de sus caminos, antes que hiciera cosa alguna desde el principio. De la eternidad fui ordenada y de las cosas antiguas, antes que fuese hecha la tierra. Aun no eran los abismos y yo estaba concebida; aún no habían rotpido las fuentes de las aguas, ni los montes se habían asentado con su grave peso; antes que los collados era yo engendrada; antes que hiciera la tierra y los ríos y quicios de la redondez del mundo. Cuando preparaba los cielos estaba yo presente; cuando con cierta ley y rodeo hacía un vallado a los abismos; cuando afirmaba los cielos en lo alto y pesaba las fuentes de las aguas; cuando al mar rodeaba con su término y a las aguas ponía ley, que no salieran de sus fines; cuando asentaba los fundamentos de la tierra, estaba yo con él componiendo todas las cosas y me alegraba todos los días, jugando en su presencia en todo tiempo, jugando en el orbe de las tierras; y mis delicias y regalos son estar con los hijos de los hombres (Prov., 8, 22-31).*

54. Hasta aquí es el lugar de los Proverbios, cuya inteligencia me dio el Altísimo. Y primero entendí que habla de las ideas o decreto que tuvo en su mente divina antes de criar al mundo; y que a la letra habla de la persona del Verbo humanado y de su Madre santísima, y en lo místico de los santos ángeles y profetas; porque, antes de hacer decreto ni formar las ideas para criar al resto de las criaturas materiales, las tuvo, y se decretó la humanidad santísima de Cristo y de su Madre purísima; y esto suenan las primeras palabras:

55. El Señor me poseyó en el principio de sus caminos. En Dios no hubo caminos, ni su divinidad los había menester, pero hízolos para que por ellos le conociésemos y fuésemos a él todas las criaturas capaces de su conocimiento. En este principio, antes que

otra cosa alguna fabricase en su idea y cuando quería hacer sendas y abrir caminos en su mente divina, para comunicar su divinidad, para dar principio a todo, decretó primero criar la humanidad del Verbo, que había de ser el camino por donde los demás habían de ir al Padre (Jn., 14, 6). Y junto con este decreto estuvo el de su Madre Santísima, por quien había de venir su divinidad al mundo, formándose y naciendo de ella Dios y hombre. Y por esto dice Dios me poseyó, porque a los dos poseyó Su Majestad: al Hijo, porque cuanto a la divinidad era posesión, hacienda y tesoro del Padre, sin poderse de él separar, porque son una misma sustancia y divinidad con el Espíritu Santo; poseyóla también en cuanto a la humanidad, con el conocimiento y decreto de la plenitud de gracia y gloria que la había de dar desde su creación y unión hipostática; y habiéndose de ejecutar este decreto y posesión por medio de la Madre que había de engendrar y parir al Verbo —pues no determinó criarle de nada, ni de otra materia su cuerpo y alma— era consiguiente poseer a la que había de darle forma humana, y así la poseyó y adjudicó para sí en aquel mismo instante, queriendo eficazmente que en ningún tiempo ni momento tuviese derecho ni parte en ella, para la parte de la gracia, el linaje humano ni otro alguno, sino el mismo Señor, que se alzaba con esta hacienda como parte suya sola; y tan sola suya, cual había de serlo para darle a Él forma humana de su propia sustancia y llamarlo sola ella Hijo y Él a ella sola Madre y Madre digna de tener a Dios por Hijo habiendo de ser hombre; y como todo esto precedía en dignidad a todo lo criado, así precedió en la voluntad y mente del supremo Criador. Por esto dice:

56. En el principio, antes que nada hiciese. De la eternidad fui ordenada y de las cosas antiguas, etc. En esta eternidad de Dios, que nosotros concebimos ahora como imaginando tiempo interminable, ¿cuáles eran las

cosas antiguas, si ninguna estaba criada ?Claro está que habla de las tres tres Personas Divinas; y es decir que desde su Divinidad sin principio y desde aquellas cosas que sólo son antiguas, que es la Trinidad Individua —pues lo demás, que tiene principio, todo es moderno— fue ordenada cuando sólo precedió lo antiguo increado y antes que se imaginase lo futuro criado. Entre estos dos extremos estuvo el medio de la unión hipostática, por intervención de María Santísima, y con ella entrambos, después de Dios inmediatamente y antes que toda criatura, fueron ordenados. Y fue la más admirable ordenación que se ha hecho ni jamás se hará: la primera y más admirable imagen de la mente de Dios, después de la eterna generación, fue la de Cristo y luego la de su Madre.

57. Y ¿qué otro orden puede ser éste en Dios, donde el orden es estar todo junto lo que en sí tiene, sin que sea necesario seguirse una cosa a otra, ni perfeccionarse alguna aguardando las perfecciones de otra o sucediéndose entre sí mismas? Todo estuvo ordenadísimo en su eterna naturaleza y lo está y estará siempre. Lo que ordenó fue que la persona del Hijo se humanase y de esta humanidad deificada comenzase el orden del querer divino y de sus decretos, y que fuese cabeza y ejemplar de todos los demás hombres y criaturas y a quien todos se ordenasen y subordinasen; porque éste era el mejor orden y concierto de la armonía de las criaturas, haber uno que fuese primero y superior y de allí se ordenase toda la naturaleza, y en especial la de los mortales. Y entre ellos, la primera era la Madre de Dios-hombre, como la suprema pura criatura y más inmediata a Cristo y en Él a la Divinidad. Con este orden se encaminaron los conductos de la fuente cristalina (Ap., 22, 1) que salió del trono de la divina naturaleza, encaminada primero a la humanidad del Verbo y luego a su Madre santísima, en el grado y modo que era posible a pura criatura y

conveniente a criatura Madre del Criador. Y lo conveniente era que todos los divinos atributos se estrenasen en ella, sin que se le negase alguno en lo que ella era capaz de recibir, para ser inferior sólo a Cristo y superior en grados de gracia incomparables a todo el resto de las criaturas capaces de gracia y dones. Este fue el orden tan bien dispuesto de la Sabiduría, comenzar de Cristo y de su Madre. Y así añade el texto:

58. *Antes que se hiciese la tierra, aún no eran los abismos y yo estaba concebida.* Esta tierra fue la del primer Adán; y antes que su formación se decretase y en la divina mente se formasen los abismos de las ideas *ad extra*, estaban Cristo y su Madre ideados y formados. Y llámanse abismos, porque entre el ser de Dios increado y el de las criaturas hay distancia infinita; y ésta se midió, a nuestro entender, cuando fueron las criaturas solas ideadas y formadas, que entonces también fueron formados en su modo aquellos abismos de distancia inmensa. Y antes de todo esto ya estaba concebido el Verbo, no sólo por la generación eterna del Padre, pero también estaba decretada y en la mente divina concebida la generación temporal de Madre Virgen y llena de gracia, porque sin la Madre, y tal Madre, no se podía determinar con eficaz y cumplido decreto esta temporal generación. Allí, pues, y entonces fue concebida María santísima en aquella inmensidad beatífica; y su memoria eterna fue escrita en el pecho de Dios, para que por todos los siglos y eternidades nunca se borrarse; quedó estampada y dibujada por el supremo Artífice en su propia mente y poseída de su amor con inseparable abrazo.

59. *Aún no habían rompido las fuentes de las aguas.* Aún no habían salido de su origen y principio las imágenes o ideas de las criaturas; porque no habían rompido las fuentes de la divinidad por la bondad y

misericordia como por conductos, para que la voluntad divina se determinase a la creación universal y comunicación de sus atributos y perfecciones; porque, respecto de todo lo restante del universo, aún estaban estas aguas y manantiales represadas y detenidas dentro del inmenso piélago de la divinidad; y en su mismo ser no había fuentes ni corrientes para manifestarse, ni se habían encaminado a los hombres; y cuando fueron, ya estaban encaminadas a la humanidad santísima y a su Madre Virgen. Y así añade:

60. *Ni los montes se habían asentado con su grave peso, porque Dios no había decretado entonces la creación de los altos montes, de los patriarcas, profetas, apóstoles y mártires, etc., ni los demás santos de mayor perfección; ni el decreto de tan grande determinación se había asentado con su grave peso y equidad, con el fuerte y suave modo (Sab., 8, 1) que Dios tiene en sus consejos y grandes obras. Y no sólo antes que los montes —que son los grandes santos— pero *antes que los collados, era engendrada*, que son los órdenes de los santos ángeles, antes de los cuales en la mente divina fue formada la humanidad santísima, unida hipostáticamente al Verbo divino, y la Madre que la engendró. Antes fueron Hijo y Madre que todos los órdenes angélicos; para que se entienda que, si David dijo en el salmo 8: *¿Qué es el hombre o el hijo del hombre, que tú, Señor, te acuerdas de él y le visitas? hicístelo poco menos que los ángeles* (Sal., 8, 5-6), etcétera, entiendan y conozcan todos que hay hombre y Dios juntamente, que es sobre todos los hombres y los ángeles y que son todos inferiores y siervos suyos; porque es Dios, siendo hombre, superior, y por esto es primero en la mente divina y en su voluntad, y con él está junta e inseparable una mujer y Virgen Purísima, Madre suya, Superior y Reina de toda criatura.*

61. Y si el hombre —como dice el mismo salmo (Ib., 6)— *fue coronado de honra y gloria y constituido sobre todas las obras de las manos del Señor*, fue porque Dios-hombre, su cabeza, le mereció esta corona y la que los ángeles tuvieron. Y el mismo salmo añade, después de *haber disminuido al hombre a menor ser que los ángeles, que le puso sobre sus obras* (Ib., 7), y también los mismos ángeles fueron obra de sus manos. Y así David lo comprendió todo, diciendo que hizo poco menores a los hombres que a los ángeles; pero aunque inferiores en el ser natural, había algún hombre que fuese superior y constituido sobre los mismos ángeles, que eran obra de las manos de Dios. Y esta superioridad era por el ser de la gracia, y no sólo por la parte de la divinidad unida a la humanidad, mas también por la misma humanidad y por la gracia que resultaría en ella de la unión hipostática; y después de ella en su Madre Santísima. Y también algunos de los santos en virtud del mismo Señor humanado pueden alcanzar superior grado y asiento sobre los mismos ángeles. Y dice:

62. *Fui engendrada o nacida*, que dice más que concebida; porque ser concebida se refiere al entendimiento divino de la Beatísima Trinidad, cuando fue conocida y como conferidas las conveniencias de la encarnación; pero ser nacida refiérese a la voluntad que determinó esta obra, para que tuviese eficaz ejecución, determinando la Santísima Trinidad en su Divino Consistorio, y como ejecutando primero en sí misma, esta maravillosa obra de la unión hipostática y ser de María Santísima. Y por eso dice primero en este capítulo que fue *concebida* y después *engendrada y nacida*; porque lo primero fue conocida y luego determinada y querida.

63. *Antes que hiciera la tierra y los ríos y quicios de la redondez del mundo.* Antes de formar otra tierra segunda —que por esto repite dos veces la tierra— que fue la del

paraíso terrenal, adonde el primer hombre fue llevado, después de ser criado de la tierra primera del campo damasceno; antes de esta segunda tierra, donde pecó el hombre, fue la determinación de criar la humanidad del Verbo, y la materia de que se había de formar, que era la Virgen; porque Dios de antemano la había de prevenir, para que no tuviese parte en el pecado, ni estuviese a él sujeta. Los ríos y quicios del orbe son la Iglesia Militante y los tesoros de gracia y dones que con ímpetu habían de dimanar del manantial de la Divinidad, encaminados a todos, y eficazmente a los santos y escogidos que como quicios se mueven en Dios, estando dependientes y asidos a su querer por las virtudes de fe, esperanza y caridad, por cuyo medio se sustentan y vivifican y gobiernan, moviéndose al sumo bien y último fin y también a la conversación humana, sin perder los quicios en que estriban. También se comprenden aquí los Sacramentos y compostura de la Iglesia, su protección y firmeza invencible y su hermosura y santidad sin mancha ni ruga, que esto es este orbe y corrientes de gracia. Y antes que el Altísimo preparase todo esto y ordenase este orbe y cuerpo místico, de quien Cristo, nuestro bien, había de ser cabeza, antes decretó la unión del Verbo a la naturaleza humana y a su Madre, por cuyo medio e intervención había de obrar estas maravillas en el mundo.

64. *Cuando preparaba los cielos, estaba yo presente.* Cuando preparaba y prevenía el cielo y premio que a los justos, hijos de esta Iglesia, había de dar después de su destierro, allí estaba la humanidad con el Verbo unida, mereciéndoles la gracia como cabeza; y con él estaba su Madre Santísima, a cuyo ejemplar, habiéndoles preparado la mayor parte a Hijo y Madre, disponía y prevenía la gloria para los demás Santos.

65. *Cuando con cierta ley y círculo hacía vallado a los*

abismos. Cuando determinaba cercar los abismos de su Divinidad en la Persona del Hijo, con cierta ley y término que ningún viviente pudiera verlo ni comprenderlo; cuando hacía este círculo y redondez, adonde nadie pudo ni puede entrar más que sólo el Verbo, que a sí solo se puede comprender, para achicarse (Filp., 2, 2) y encogerse la divinidad en la humanidad; y la divinidad y humanidad primero en el vientre de María Santísima y después en la pequeña cantidad y especies de pan y vino y con ellas en el pecho angosto de un hombre pecador y mortal. Todo esto significan aquellos abismos y ley, círculo o término, que llama cierta por lo mucho que comprenden, y por la certeza de lo que parecía imposible en el ser y dificultoso en explicarlo; porque no parece había de caber la divinidad debajo de la ley, ni encerrarse dentro determinados límites; pero eso pudo hacer y lo hizo posible la sabiduría y poder del mismo Señor, encubriéndose en cosa terminada.

66. *Cuando afirmaba los cielos en lo alto y pesaba las fuentes de las aguas; cuando rodeaba al mar con su término y ponía a las aguas ley, que no pasaran de sus fines.* Llama aquí a los justos cielos, porque lo son, donde tiene Dios su morada y habitación con ellos por gracia y por ella les da asiento y firmeza, levantándolos, aun, mientras son viadores, sobre la tierra, según la disposición de cada uno; y después, en la celestial Jerusalén, les da lugar y asiento según sus merecimientos; y para ellos pesa las fuentes de las aguas y las divide, distribuyendo a cada uno con equidad y peso los dones de la gracia y de la gloria, las virtudes, auxilios y perfecciones, según la divina sabiduría lo dispone. Cuando se determinaba hacer esta división de estas aguas, se había decretado dar a la humanidad unida al Verbo todo el mar que de la divinidad le resultaba de gracia y dones, como a Unigénito del Padre; y aunque era todo infinito, puso término a este mar, que fue la

humanidad, donde habita la plenitud de la divinidad (Col., 2, 9) , y aun estuvo encubierta treinta y tres años con aquel término, para que habitase con los hombres y no sucediera a todos lo que en el Tabor a los tres apóstoles. Y en el mismo instante que todo este mar y fuentes de la gracia tocaron a Cristo Señor nuestro, como a inmediato a la Divinidad, redundaron en su Madre Santísima como inmediata a su Hijo unigénito; porque sin la Madre, y tal Madre, no se disponían ordenadamente y con la suma perfección los dones de su Hijo, ni comenzaba por otro fundamento la admirable armonía de la máquina celestial y espiritual y la distribución de los dones en la Iglesia militante y triunfante.

67. Cuando asentaba, los fundamentos de la tierra, estaba yo con él componiendo todas las cosas, A todas las tres divinas personas son comunes las obras ad extra, porque todas son un solo Dios, una sabiduría y poder; y así era necesario e inexcusable que el Verbo, en quien según la divinidad fueron hechas todas las cosas (Jn., 1, 3), estuviera con el Padre para hacerlas. Pero aquí dice más, porque también el Verbo humanado estaba ya en la divina voluntad presente con su Madre Santísima; porque así como por el Verbo, en cuanto Dios, fueron hechas todas las cosas, así también para él, en el primer lugar y como más noble y dignísimo fin, fueron criados los fundamentos de la tierra y todo cuanto en ella se contiene. Y por esto dice:

68. *Y me alegraba todos los días, jugando en su presencia en todo tiempo, burlándome en el orbe de la tierra.* Holgábase el Verbo humanado todos los días, porque conoció todos los de los siglos y las vidas de los mortales, que según la eternidad son un breve día (Sal., 89, 4); y holgábase de que toda la sucesión de la creación tendría término, para que, acabado el último día con toda perfección, gozasen los hombres de la

gracia y corona de la gloria; holgábase, como contando los días en que había de descender del cielo a la tierra y tomar carne humana; conocía que los pensamientos y obras de los hombres terrenos eran como juego y que todos eran burla y engaño; y miraba a los justos, que, aunque flacos y limitados, eran a propósito para comunicarles y manifestarles su gloria y perfecciones; miraba su ser inconmutable y la cortedad de los hombres y cómo se había de humanar con ellos, y deleitábase en sus propias obras, y particularmente en las que disponía para su Madre Santísima, de quien le era tan agradable tomar forma de hombre y hacerla digna de obra tan admirable. Estos eran los días en que se alegraba el Verbo humanado; y porque al concebir y como idear todas estas obras y al decreto eficaz de la divina voluntad se seguía la ejecución de todo, añadió el Verbo divino:

69. Y mis delicias son estar con los hijos de los hombres. Mi regalo es trabajar por ellos y favorecerlos; mi contento, morir por ellos; y mi alegría, ser su maestro y reparador; mis delicias son levantar al pobre desde el polvo (Sal., 112, 7) y unirme con el humilde, y humillar para esto mi divinidad y cubrirla y encubrirla con su naturaleza; encogerme y humillarme y suspender la gloria de mi cuerpo, para hacerme pasible y merecerles la amistad de mi Padre; y ser medianero entre su justísima indignación y la malicia de los hombres, y ser su ejemplar y cabeza, a quien puedan imitar y seguir. Estas son las delicias del Verbo eterno humanado.

70. ¡Oh bondad incomprensible y eterna, qué admirada y suspendida quedo, viendo la inmensidad de vuestro ser inmutable comparado con la parvulez del hombre, y mediando vuestro amor eterno entre dos extremos de tan incomparable distancia, amor infinito para criatura no sólo pequeña pero ingrata! ¡En qué objeto tan abatido y

vil ponéis, Señor, vuestros ojos y en qué objeto tan noble podía y debía el hombre poner los suyos y sus afectos, a la vista de tan gran misterio! Suspensa en admiración y ternura de mi corazón, me lamento de la desdicha de los mortales y de sus tinieblas y ceguera, pues no se disponen para conocer cuán de antemano comenzó vuestra Majestad a mirarlos y prevenirles su verdadera felicidad con tanto cuidado y amor, como si en ella consistiera la vuestra.

71. Todas las obras y disposición de ellas, como las había de criar, tuvo presentes el Señor desde *ab initio* en su mente y las numeró y pesó con su equidad y rectitud; y, como está escrito en la Sabiduría (Sab., 7, 18ss) supo la disposición del mundo antes de criarle, conoció el principio, medio y fin de los tiempos, sus mudanzas y concursos de los años, la disposición de las estrellas, las virtudes de los elementos, las naturalezas de los animales, las iras de las bestias, la fuerza de los vientos, las diferencias de los árboles, las virtudes de las raíces y los pensamientos de los hombres; todo lo pesó y numeró (Sab., 11, 21); y no sólo esto, que suena la letra de las criaturas materiales y racionales, pero todas las demás que místicamente por éstas son significadas, que, por no ser para mi intento ahora, no las refiero.

CAPITULO 6

De una duda que propuse al Señor sobre la doctrina de estos capítulos y la respuesta de ella.

72. Sobre las inteligencias y doctrina de los dos capítulos antecedentes se me ofreció una duda, ocasionada de lo que muchas veces he oído y entendido de personas doctas que se disputa en las escuelas. Y la duda fue: que si la causa y motivo principal para que el Verbo divino se humanase fue hacerle cabeza y primogénito de todas las

criaturas (Col., 1, 15) y, por medio de la unión hipostática con la humana naturaleza, comunicar sus atributos y perfecciones en el modo conveniente por gracia y gloria a los predestinados, y el tomar carne pasible y morir por el hombre fue decreto como fin secundario; siendo esto así verdad, ¿cómo en la santa Iglesia hay tan diversas opiniones sobre ello? Y la más común es que el Verbo eterno descendió del cielo, como de intento, para redimir a los hombres por medio de su pasión y muerte santísima.

73. Esta duda propuse con humildad al Señor y Su Majestad sé dignó de responderme a ella, dándome una inteligencia y luz muy grande, en que conocí y entendí muchos misterios que no podré explicar, porque comprenden y suenan mucho las palabras que me respondió el Señor, que son éstas: Esposa y paloma mía, oye, que, como padre y maestro tuyo, quiero responder a tu duda y enseñarte en tu ignorancia. Advierte que el fin principal y legítimo del decreto que tuve de comunicar mi divinidad en la persona del Verbo, unida hipostáticamente a la humana naturaleza, fue la gloria que de esta comunicación había de redundar para mi nombre y para las criaturas capaces de la que yo les quise dar; y este decreto se ejecutara sin duda en la encarnación, aunque el primer hombre no hubiera pecado, porque fue decreto expreso y sin condición en lo sustancial, y así debía ser eficaz mi voluntad, que en primer lugar fue comunicarme al alma y humanidad unida al Verbo, y esto era así conveniente a mi equidad y rectitud de mis obras; y aunque esto fue postrero en la ejecución, fue primero en la intención; y si tardé en enviar a mi Unigénito, fue porque determiné prepararle antes una congregación en el mundo, escogida y santa, de justos, que, supuesto el pecado común, serían como rosas entre las espinas de los otros pecadores. Y vista la caída del linaje humano, determiné con decreto expreso que el Verbo viniese en forma pasible y mortal para redimir su pueblo, de quien

era cabeza, para que más se manifestase y conociese mi amor infinito con los hombres, y a mi equidad y justicia se le diese debida satisfacción; y que, si fue hombre y el primero en el ser el que pecó, fuese hombre (1 Cor., 15, 21) y el primero en la dignidad el Redentor; y los hombres en esto conociesen la gravedad del pecado y el amor de todas las almas fuese uno solo, pues su Criador, Vivificador, Redentor y quien los ha de juzgar es uno solo. Y también quise compelerles a este agradecimiento y amor, no castigando a los mortales como a los apóstatas ángeles, que sin apelación los castigué, y al hombre perdoné, aguardé y le di oportuno remedio, ejecutando el rigor de mi justicia en mi unigénito Hijo (Rom., 8, 32) y pasando al hombre la piedad de mi grande misericordia.

74. Y para que mejor entiendas la respuesta de tu duda, debes advertir que, como en mis decretos no hay sucesión de tiempo, ni yo necesito de él para obrar y entender, los que dicen que encarnó el Verbo para redimir el mundo, dicen bien; y los que dicen que encarnara si el hombre no pecara, también hablan bien, si con verdad se entiende; porque, si no pecara Adán, descendiera del cielo en la forma que para aquel estado conviniera y, porque pecó, tuve aquel decreto segundo que bajara pasible, porque, visto el pecado, convenía que le reparase en la forma que lo hizo. Y porque deseas saber cómo se ejecutara este misterio de encarnar el Verbo, si conservara el hombre el estado de la inocencia, advierte que la forma humana fuera la misma en la sustancia pero con el don de la impassibilidad e inmortalidad; cual estuvo mi Unigénito después que resucitó hasta que subió a los cielos, viviera y conversara con los hombres; y los misterios y sacramentos fueran a todos manifiestos; y muchas veces hiciera patente su gloria, como la hizo sola una vez cuando vivió mortal (Mt., 7, 1ss); y delante de todos hiciera en aquel estado de inocencia lo que obró delante de tres Apóstoles en el que

fue mortal; y vieran todos los viadores a mi Unigénito con grande gloria y con su conversación se consolaran; y no pusieran óbice a sus divinos efectos, porque estuvieran sin pecado; pero todo lo impidió y estragó la culpa y por ella fue conveniente que viniera pasible y mortal.

75. Y el haber en estos sacramentos y en otros misterios diversas opiniones en mi Iglesia, ha nacido de que a unos maestros les manifiesto y doy luz de unos misterios y a otros se la doy de otros, porque los mortales no son capaces de recibir toda la luz; ni era conveniente que a uno se le diese toda la ciencia de todas las cosas, mientras son viadores; pues, aun cuando son comprensores, la reciben por partes y se la doy proporcionada según el estado y merecimientos de cada uno y como conviene a mi providencia distribuirla; y la plenitud sólo se la debía a la humanidad de mi Unigénito y a su Madre respectivamente. Los demás mortales, ni la reciben toda, ni siempre tan clara que puedan asegurarse en todo; y por eso la adquieren con el trabajo y uso de las letras y ciencias. Y aunque en mis Escrituras hay tantas verdades reveladas, como yo muchas veces los dejo en la natural luz, aunque otras se la doy de lo alto, de aquí se sigue que se entiendan los misterios con diversidad de pareceres y se hallen diferentes explicaciones y sentidos en las Escrituras y cada uno siga su opinión como la entiende. Y aunque el fin de muchos es bueno y la luz y verdad en sustancia sea una, se entiende y se usa de ella con diversidad de juicios e inclinaciones, que unos tienen a unos maestros y otros a otros; de donde nacen entre ellos las controversias.

76. Y de ser más común la opinión que el Verbo bajó del cielo de principal intento a redimir el mundo, entre otras causas, una es porque el misterio de la redención y el fin de estas obras es más conocido y manifiesto, por haberse ejecutado y repetido tantas veces en las Escrituras; y al

contrario, el fin de la impasibilidad, ni se ejecutó, ni se decretó absoluta y expresamente, y todo lo que perteneciera a aquel estado quedó oculto y nadie lo puede saber con aseguración, si no fuere a quien yo en particular diere luz o revelare lo que conviene de aquel decreto y amor que tenemos a la humana naturaleza. Y si bien esto pudiera mover mucho a los mortales, si lo pesaran y penetraran, pero el decreto y obras de la redención de su caída es más poderoso y eficaz para moverlos y traerlos al conocimiento y retorno de mi inmenso amor, que es el fin de mis obras; y por eso, tengo providencia de que estos motivos y misterios estén más presentes y sean más frecuentados, porque así es conveniente. Y advierte que en una obra bien puede haber dos fines, cuando el uno se supone debajo de alguna condición, como fue que, si el hombre no pecara, no descendiera el Verbo en forma pasible y que, si pecase, que fuese pasible y mortal; y así en cualquier suceso no se dejara de cumplir el decreto de la encarnación. Yo quiero que los sacramentos de la redención se reconozcan y estimen y siempre se tengan presentes para darme el retorno; pero quiero asimismo que los mortales reconozcan al Verbo humanado por su cabeza y causa final de la creación de todo lo restante de la humana naturaleza, porque él fue, después de mi propia benignidad, el principal motivo que tuve para dar ser a las criaturas; y así, debe ser reverenciado, no sólo porque redimió al linaje humano, pero también porque dio motivo para su creación.

77. Y advierte, esposa mía, que yo permito y dispongo que muchas veces los doctores y maestros tengan diversas opiniones, para que unos digan lo verdadero y otros, con lo natural de sus ingenios, digan lo dudoso; y otras permito digan lo que no es, aunque no disuena luego a la verdad oscura de la fe, en la que todos los fieles están firmes; y otras veces dicen lo que es posible, según ellos entienden. Y con esta variedad se va

rastreando la verdad y luz y se manifiestan más los sacramentos escondidos, porque la duda sirve de estímulo al entendimiento para investigar la verdad; y en esto tienen honesta y santa causa las controversias de los maestros. Y también lo es que, después de tantas diligencias y estudios de grandes y perfectos doctores y sabios, se conozca que en mi Iglesia hay ciencia y que los hace eminentes en sabiduría sobre los sabios del mundo; y que hay sobre todos un enmendador de los sabios (Sab., 7, 15) que soy yo, que sólo lo sé todo y comprendo y lo peso y mido, sin poder ser medido ni comprendido; y que los hombres, aunque más escudriñen mis juicios y testimonios, no los podrán alcanzar, si no les diere yo la inteligencia y luz, que soy el principio y autor de toda sabiduría y ciencia; y conociendo esto los mortales, quiero que me den alabanza, magnificencia, confesión, superioridad y gloria eterna.

78. Y quiero también que los doctores santos adquieran para sí mucha gracia, luz y gloria, con su trabajo honesto, loable y santo, y la verdad se vaya más descubriendo y apurando, llegándose más a su manantial; e investigando con humildad los misterios y obras admirables de mi diestra, vengan a ser participantes de ellas y gozar del pan de entendimiento (Eclo., 15, 3) de mis Escrituras. Yo he tenido gran providencia con los doctores y maestros, aunque sus opiniones y dudas han sido tan diversas y con diferentes fines; porque, unas veces, son de mi mayor honra y gloria y, otras, son de impugnarse y contradecirse por otros fines terrenos: y con esta emulación y pasión han procedido y proceden desigualmente. Pero con todo eso, los he gobernado, regido y alumbrado, asistiéndoles mi protección, de manera que la verdad se ha investigado y manifestado mucho y se ha dilatado la luz para conocer muchas de mis perfecciones y obras maravillosas y se han interpretado las Escrituras santas tan altamente, que me

ha sido esto de mucho agrado y beneplácito. Y por esta causa, el furor del infierno con increíble envidia —y mucho más en estos tiempos presentes— ha levantado su trono de iniquidad, impugnando la verdad y pretendiendo beberse el Jordán (Job., 40, 18) y con herejías y doctrinas falsas oscurecer la luz de la fe santa, contra quien ha derramado su falsa cizaña, ayudándose de los hombres. Pero lo restante de la Iglesia y sus verdades están en grado perfectísimo y los fieles católicos, aunque muy envueltos y ciegos en otras miserias, pero la verdad de la fe y su luz la tienen perfectísima y, aunque llamo a todos con paternal amor a esta dicha, son pocos los electos que me quieren responder.

79. Quiero también, esposa mía, que entiendas que, si bien mi providencia dispone que entre los maestros haya muchas opiniones, para que más se escudriñen mis testimonios y con intento de que a los hombres viadores les sea manifiesta la médula de las divinas letras, mediante sus honestas diligencias, estudios y trabajos, pero fuera de mucho agrado para mí y servicio que las personas doctas extinguieran y apartaran de sí la soberbia, envidia y ambición de honra vana y otras pasiones y vicios que de esto se engendran y toda la mala semilla que siembran los malos efectos de tales ocupaciones; pero no la arranco ahora, porque no se arranque la buena con la mala.—Todo esto me respondió el Altísimo y otras muchas cosas que no puedo manifestar. ¡Bendita sea su grandeza eternamente, que tuvo por bien alumbrar mi ignorancia y satisfacerla tan adecuada y misericordiosamente, sin dedignarse de la parvulez de una mujer insipiente y en todo inútil! Denle gracias y alabanzas sin fin todos los espíritus bienaventurados y justos de la tierra.

CAPITULO 7

Cómo el Altísimo dio principio a sus obras; y todas las cosas materiales crió para el hombre, y a los ángeles y hombres para que hiciesen pueblo de quien el Verbo humanado fuese cabeza.

80. Causa de todas las causas fue Dios y Criador de todo lo que tiene ser; y con el poder de su brazo quiso dar principio a todas sus maravillosas obras *ad extra*, cuando y como fue su voluntad. El orden y principio de esta creación refiere Moisés en el capítulo 1 del Génesis y, porque el Señor me ha dado su inteligencia, diré aquí lo conveniente para ir buscando desde su origen las obras y misterios de la encarnación del Verbo y de nuestra redención.

81. La letra del cap. 1 del Génesis dice de esta manera: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra. Y estaba la tierra sin frutos y vacía y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo y el espíritu del Señor era llevado sobre las aguas. Y dijo Dios: sea hecha la luz, y fue hecha la luz. Y vio Dios la luz que era buena y dividióla y apartóla de las tinieblas; y a la luz llamó día y a las tinieblas noche; y fue hecho día de tarde y mañana (Gén., 1, 1-5), etc.* En este día primero, dice Moisés, que en el principio crió Dios el cielo y la tierra, porque este principio fue el que dio el todopoderoso Dios, estando en su ser inmutable, como saliendo de él a criar fuera de sí mismo a las criaturas, que entonces comenzaron a tener ser en sí mismas y Dios como a recrearse en sus hechuras, como obras adecuadamente perfectas. Y para que el orden fuera también perfectísimo, antes de criar criaturas intelectuales y racionales, formó el cielo para los ángeles y hombres y la tierra donde primero los mortales habían de ser viadores; lugares tan proporcionados para sus fines y tan perfectos, que, como David (Sal., 18, 2) dice, *los cielos publican la gloria de Dios, el firmamento y la tierra anuncian las obras de sus manos.* Los cielos con su

hermosura manifiestan la magnificencia y gloria, porque son depósito del premio prevenido para los santos; y el firmamento de la tierra anuncia que ha de haber criaturas y hombres que la habiten y por ella caminen a su Criador. Y antes de criarlos quiere el Altísimo prevenirles y criarles lo necesario para esto y para la vida que les había de mandar vivir; para que de todas partes se hallen compelidos a obedecer y amar a su Hacedor y Bienhechor y que por sus obras (Rom., 1, 20) conozcan su nombre admirable e infinitas perfecciones.

82. De la tierra, dice Moisés, que estaba vacía, y no lo dice del cielo; porque en éste crió los ángeles en el instante cuando dice Moisés: Dijo Dios: sea hecha la luz, y fue hecha la luz; porque no habla sólo de la luz material, sino, también de las luces angélicas o intelectuales. Y no hizo más clara memoria de ellos que significarlos debajo de este nombre, por la condición tan fácil de los hebreos en atribuir la divinidad a cosas nuevas y de menor aprecio que los espíritus angélicos; pero fue muy legítima la metáfora de la luz para significar la naturaleza angélica, y místicamente la luz de la ciencia y gracia con que fueron iluminados en su creación. Y crió Dios con el cielo empíreo la tierra juntamente, para formar en su centro el infierno; porque en aquel instante que fue criada, por la divina disposición quedaron en medio de este globo cavernas muy profundas y dilatadas, capaces para infierno, limbo y purgatorio; y en el infierno, al mismo tiempo fue criado fuego material y las demás cosas que allí sirven ahora de pena a los condenados. Había de dividir luego el Señor la luz de las tinieblas y llamar a la luz día y a las tinieblas noche; y no sólo sucedió esto entre la noche y día naturales, pero entre los ángeles buenos y malos, que a los buenos dio la luz eterna de su vista, y la llamó día, y día eterno; y a los malos llamó noche del pecado y fueron arrojados en las eternas tinieblas del infierno; para que

todos entendamos cuan juntas anduvieron la liberalidad misericordiosa de criador y vivificador y la justicia de rectísimo juez en el castigo.

83. Fueron los ángeles criados en el cielo empíreo y en gracia, para que con ella precediera el merecimiento al premio de la gloria; que aunque estaban en el lugar de ella, no se les había mostrado la divinidad cara a cara y con clara noticia, hasta que con la gracia lo merecieron los que fueron obedientes a la voluntad divina. Y así estos Ángeles Santos, como los demás apóstatas, duraron muy poco en el primer estado de viadores; porque la creación, estado y término, fueron en tres estancias o mórulas divididas con algún intervalo en tres instantes. En el primero fueron todos criados y adornados con gracia y dones, quedando hermosísimas y perfectas criaturas. A este instante se siguió una mórula, en que a todos les fue propuesta e intimada la voluntad de su Criador, y se les puso ley y precepto de obrar, reconociéndole por supremo Señor, y para que cumpliesen con el fin para que los había criado. En esta mórula, estancia o intervalo sucedió entre san Miguel y sus ángeles, con el dragón y los suyos, aquella gran batalla que dice San Juan en el cap. 12 del Apocalipsis (V., 7); y los buenos ángeles, perseverando en gracia, merecieron la felicidad eterna y los inobedientes, levantándose contra Dios, merecieron el castigo que tienen.

84. Y aunque en esta segunda mórula pudo suceder todo muy brevemente, según la naturaleza angélica y el poder divino, pero entendí que la piedad del Altísimo se detuvo algo y con algún intervalo les propuso el bien y el mal, la verdad y falsedad, lo justo y lo injusto, su gracia y amistad y la malicia del pecado y enemistad de Dios, el premio y el castigo eterno y la perdición para Lucifer y los que le siguiesen; y les mostró Su Majestad el infierno y sus penas y ellos lo vieron todo, que en su naturaleza

tan superior y excelente todas las cosas se pueden ver, como ellas son en sí mismas, siendo criadas y limitadas; de suerte que, antes de caer de la gracia, vieron claramente el lugar del castigo. Y aunque no conocieron por este modo el premio de la gloria, pero tuvieron de ella otra noticia y la promesa manifiesta y expresa del Señor, con que el Altísimo justificó su causa y obró con suma equidad y rectitud. Y porque toda esta bondad y justificación no bastó para detener a Lucifer y a sus secuaces, fueron, como pertinaces, castigados y lanzados en el profundo de las cavernas infernales y los buenos confirmados en gracia y gloria eterna. Y esto fue todo en el tercer instante, en que se conoció de hecho que ninguna criatura, fuera de Dios, es impecable por naturaleza; pues el ángel, que la tiene tan excelente y la recibió adornada con tantos dones de ciencia y gracia, al fin pecó y se perdió. ¿Qué hará la fragilidad humana, si el poder divino no la defiende y si ella obliga a que la desampare?

85. Resta de saber el motivo que tuvieron en su pecado Lucifer y sus confederados —que es lo que voy buscando— y de qué tomaron ocasión para su inobediencia y caída. Y en esto entendí que pudieron cometer muchos pecados *secundum reatum*, aunque no cometieron los actos de todos; pero de los que cometieron con su depravada voluntad, les quedó hábito para todos los malos actos, induciendo a otros, y aprobando el pecado, que por sí mismos no podían obrar. Y según el mal afecto que de presente tuvo entonces Lucifer, incurrió en desordenadísimo amor de sí mismo; y le nació de verse con mayores dones y hermosura de naturaleza y gracias que los otros ángeles inferiores. En este conocimiento se detuvo demasiado; y el agrado que de sí mismo tuvo le retardó y entibió en el agradecimiento que debía a Dios, como a causa única de todo lo que había recibido. Y volviéndose a remirar, agradóse de

nuevo de su hermosura y gracias y adjudícoselas y amólas como suyas; y este desordenado afecto propio no sólo le hizo levantarse con lo que había recibido de otra superior virtud, pero también le obligó a envidiar y codiciar otros dones y excelencias ajenas que no tenía. Y porque no las pudo conseguir, concibió mortal odio e indignación contra Dios, que de nada le había criado, y contra todas sus criaturas.

86. De aquí se originaron la desobediencia, presunción, injusticia, infidelidad, blasfemia y aun casi alguna especie de idolatría, porque deseó para sí la adoración y reverencia debida a Dios. Blasfemó de su divina grandeza y santidad, faltó a la fe y lealtad que debía, pretendió destruir todas las criaturas y presumió que podría todo esto y mucho más; y así siempre su soberbia sube (Sal., 73, 23) y persevera, aunque su arrogancia es mayor que su fortaleza (Is., 16, 6), porque en ésta no puede crecer y en el pecado un abismo llama a otro abismo (Sal., 41, 8). El primer ángel que pecó fue Lucifer, como consta del capítulo 14 de Isaías (Is., 14, 12), y éste indujo a otros a que le siguiesen; y así se llama príncipe de los demonios, no por naturaleza, que por ella no pudo, tener este título, sino por la culpa. Y no fueron los que pecaron de solo un orden o jerarquía, sino de todas cayeron muchos.

87. Y para manifestar, como se me ha mostrado, qué honra y excelencia fue la que con soberbia apeteció y envidió Lucifer, advierto que, como en las obras de Dios hay equidad, peso y medida (Sab., 11, 21), antes que los ángeles se pudiesen inclinar a diversos fines, determinó su providencia manifestarles inmediatamente después de su creación el fin para que los había criado de naturaleza tan alta y excelente. Y de todo esto tuvieron ilustración en esta manera: Lo primero, tuvieron inteligencia muy expresa del ser de Dios, uno en sustancia y trino en

personas, y recibieron precepto de que le adorasen y reverenciasen como a su Criador y Sumo Señor, infinito en su ser y atributos. A este mandato se rindieron todos y obedecieron, pero con alguna diferencia; porque los ángeles buenos obedecieron por amor y justicia, rindiendo su afecto de buena voluntad, admitiendo y creyendo lo que era sobre sus fuerzas y obedeciendo con alegría; pero Lucifer se rindió por parecerle ser lo contrario imposible. Y no lo hizo con caridad perfecta, porque dividió la voluntad en sí mismo y en la verdad infalible del Señor; y esto le hizo que el precepto se le hiciese algo violento y dificultoso y no cumplirle con afecto lleno de amor y justicia; y así se dispuso para no perseverar en él. Y aunque no le quitó la gracia esta remisión y tibieza en obrar estos primeros actos con dificultad, pero de aquí comenzó su mala disposición, porque tuvo alguna debilidad y flaqueza en la virtud y espíritu y su hermosura no resplandeció como debía. Y, a mi parecer, el efecto que hizo en Lucifer esta remisión y dificultad fue semejante al que hace en el alma un pecado venial advertido; pero no afirmo que pecó venial ni mortalmente entonces, porque cumplió el precepto de Dios; mas fue remiso e imperfecto este cumplimiento y más por compelerle la fuerza de la razón que por amor y voluntad de obedecer; y así se dispuso a caer.

88. En segundo lugar, les manifestó Dios había de criar una naturaleza humana y criaturas racionales inferiores, para que amasen, temiesen y reverenciasen a Dios, como a su autor y bien eterno, y que a esta naturaleza había de favorecer mucho; y que la segunda persona de la misma Trinidad Santísima se había de humanar y hacerse hombre, levantando a la naturaleza humana a la unión hipostática y Persona Divina, y que a aquel supuesto hombre y Dios habían de reconocer por Cabeza, no sólo en cuanto Dios, pero juntamente en cuanto hombre, y le habían de reverenciar y adorar; y que los mismos Ángeles

habían de ser sus inferiores en dignidad y gracias y sus siervos. Y les dio inteligencia de la conveniencia y equidad, justicia y razón, que en esto había; porque la aceptación de los merecimientos previstos de aquel hombre y Dios les había merecido la gracia que poseían y la gloria que poseerían; y que para gloria de él mismo habían sido criados ellos y todas las otras criaturas lo serían, porque a todas había de ser superior; y todas las que fuesen capaces de conocer y gozar de Dios, habían de ser pueblo y miembros de aquella cabeza, para reconocerle y reverenciarle. Y de todo esto se les dio luego mandato a los ángeles.

89. A este precepto todos los obedientes y santos ángeles se rindieron y prestaron asenso y obsequio con humilde y amoroso afecto de toda su voluntad; pero Lucifer con soberbia y envidia resistió y provocó a los ángeles, sus secuaces, a que hicieran lo mismo, como de hecho lo hicieron, siguiéndole a él y desobedeciendo al divino mandato. Persuadióles el mal Príncipe que sería su cabeza y que tendrían principado independiente y separado de Cristo. Tanta ceguera pudo causar en un ángel la envidia y soberbia y un afecto tan desordenado, que fuese causa y contagio para comunicar a tantos el pecado.

90. Aquí fue la gran batalla, que San Juan dice (Ap., 12, 7) sucedió en el cielo; porque los Ángeles obedientes y Santos, con ardiente celo de defender la gloria del Altísimo y la honra del Verbo humanado previsto, pidieron licencia y como beneplácito al Señor para resistir y contradecir al dragón, y les fue concedido este permiso. Pero sucedió en esto otro misterio: que cuando se les propuso a todos los ángeles habían de obedecer al Verbo humanado, se les puso otro tercero precepto, de que habían de tener juntamente por superiora a una mujer, en cuyas entrañas tomaría carne humana este

Unigénito del Padre; y que esta mujer había de ser su Reina y de todas las criaturas y que se había de señalar y aventajar a todas, angélicas y humanas, en los dones de gracia y gloria. Los buenos ángeles, en obedecer este precepto del Señor, adelantaron y engrandecieron su humildad y con ella le admitieron y alabaron el poder y sacramentos del Altísimo; pero Lucifer y sus confederados, con este precepto y misterio, se levantaron a mayor soberbia y desvanecimiento; y con desordenado furor apeteció para sí la excelencia de ser cabeza de todo el linaje humano y órdenes angélicos y que, si había de ser mediante la unión hipostática, fuese con él.

91. Y en cuanto al ser inferior a la Madre del Verbo humanado y Señora nuestra, lo resistió con horrendas blasfemias, convirtiéndose en desbocada indignación contra el Autor de tan grandes maravillas; y provocando a los demás, dijo este dragón: Injustos son estos preceptos y a mi grandeza se le hace agravio; y a esta naturaleza, que tú, Señor, miras con tanto amor y propones favorecerla tanto, yo la perseguiré y destruiré y en esto emplearé todo mi poder y cuidado. Y a esta mujer, Madre del Verbo, la derribaré del estado en que la prometes poner y a mis manos perecerá tu intento.

92. Este soberbio desvanecimiento enojó tanto al Señor, que humillando a Lucifer le dijo: Esta mujer, a quien no has querido respetar, te quebrantará la cabeza (Gén., 3, 15) y por ella serás vencido y aniquilado. Y si por tu soberbia entrare la muerte en el mundo (Sab., 2, 24), por la humildad de esta mujer entrará la vida y la salud de los mortales; y de su naturaleza y especie de estos dos gozarán el premio y coronas que tú y tus secuaces habéis perdido.—Y a todo esto replicaba el dragón con indignada soberbia contra lo que entendía de la divina voluntad y sus decretos; amenazaba a todo el linaje humano. Y los ángeles buenos conocieron la justa

indignación del Altísimo contra Lucifer y los demás apostatas y con las armas del entendimiento, de la razón y verdad peleaban contra ellos.

93. Obró aquí el Todopoderoso otro misterio maravilloso: que habiéndoles manifestado por inteligencia a todos los ángeles el sacramento grande de la unión hipostática, les mostró la Virgen Santísima en una señal o especie, al modo de nuestras visiones imaginarias, según nuestro modo de entender. Y así les dio a conocer y representó la humana naturaleza pura en una mujer perfectísima, en quien el brazo poderoso del Altísimo había de ser más admirable que en todo el resto de las criaturas, porque en ella depositaba las gracias y dones de su diestra en grado superior y eminente. Esta señal y visión de la Reina del cielo y Madre del Verbo humanado fue notoria y manifiesta a todos los ángeles buenos y malos. Y los buenos a su vista quedaron en admiración y cánticos de alabanza y desde entonces comenzaron a defender la honra de Dios humanado y su Madre Santísima, armados con este ardiente celo y con el escudo inexpugnable de aquella señal. Y, por el contrario, el dragón y sus aliados concibieron implacable furor y saña contra Cristo y su Madre santísima; y sucedió todo lo que contiene el cap. 12 del Apocalipsis, cuya declaración, como se me ha dado, pondré en el que se sigue.

CAPITULO 8

Que prosigue el discurso de arriba con la explicación del capítulo 12 del Apocalipsis.

94. La letra de este capítulo del Apocalipsis dice: *Apareció en el cielo una gran señal, una mujer cubierta del sol y debajo de sus pies la luna y una corona de doce estrellas en su cabeza; y estaba preñada y pariendo daba voces y era atormentada para parir. Y fue vista otra*

señal en el cielo, y viose un dragón grande rojo, que tenía siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en sus cabezas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó en la tierra; y él el dragón estuvo delante de la mujer, que había de parir, para que en pariendo se tragase el hijo. Y parió un hijo varón, que había de regir las gentes con vara de hierro; y fue arrebatado su hijo para Dios y para su trono, y la mujer huyó a la soledad, donde tenía lugar aparejado por Dios, para que allí la alimenten mil doscientos y sesenta días. Y sucedió una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón y peleaba el dragón y sus ángeles; y no prevalecieron y de allí adelante no se halló lugar suyo en el cielo. Y fue arrojado aquel dragón, serpiente antigua que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el orbe; y fue arrojado en la tierra y sus ángeles fueron enviados con él. Y oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha sido hecha la salud y la virtud y el reino de nuestro Dios y la potestad de su Cristo; porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba ante nuestro Dios de día y de noche. Y ellos le han vencido por la sangre del Cordero y palabras de sus testimonios y pusieron sus almas hasta la muerte. Por esto os alegrad, cielos, y los que habitáis en ellos. ¡Ay de la tierra y mar, porque a vosotros ha bajado el diablo, que tiene grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo! Y después que vio el dragón cómo era arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que parió el hijo varón; y fuéronle dadas a la mujer alas de una grande águila, para que volase al desierto a su lugar, donde es alimentada por tiempo y tiempos y la mitad del tiempo fuera de la cara de la serpiente. Y arrojó la serpiente de su boca tras de la mujer agua como un río. Y la tierra ayudó a la mujer y abrió la tierra su boca y sorbió al río que arrojó el dragón de su boca. Y el dragón se indignó contra la mujer y fuese para hacer guerra a los demás de su generación, que guardan los mandamientos de Dios y

tienen el testimonio de Jesucristo. Y estuvo sobre la arena del mar (Ap., 12, 1-18).

95. Hasta aquí es la letra del evangelista. Y habla de presente, porque entonces se le mostraba la visión de lo que ya había pasado, y dice: *apareció en el cielo una gran señal, una mujer cubierta del sol y debajo de sus pies la luna y coronada la cabeza con doce estrellas.* Esta señal apareció verdaderamente en el cielo por voluntad de Dios, que, se la propuso manifiesta a los buenos y malos ángeles, para que a su vista determinasen sus voluntades a obedecer los preceptos de su beneplácito; y así la vieron antes que los buenos se determinasen al bien y los malos al pecado; y fue como señal de cuán admirable había de ser Dios en la fábrica de la humana naturaleza. Y aunque de ella les había dado a los ángeles noticia, revelándoles el misterio de la unión hipostática, pero quiso manifestársela por diferente modo en pura criatura y en la más perfecta y santa que, después de Cristo nuestro Señor, había de criar. Y también fue como señal para que los buenos ángeles se asegurasen que por la desobediencia de los malos, aunque Dios quedaba ofendido, no dejaría de ejecutar el decreto de criar a los hombres; porque el Verbo humanado y aquella mujer Madre suya le obligarían infinito más que los inobedientes ángeles podían desobligarle. Fue también como arco en el cielo —a cuya semejanza se pondría el de las nubes después del diluvio (Gén., 9, 13)— para que asegurase que, si los hombres pecasen como los ángeles y fuesen inobedientes, no serían castigados como ellos sin remisión, pero que les daría saludable medicina y remedio por medio de aquella maravillosa señal. Y fue como decirles a los ángeles: No castigaré yo de esta manera a las criaturas que he de criar, porque de la naturaleza humana descenderá esta mujer en cuyas entrañas tomará carne mi Unigénito, que será el

restaurador de mi amistad y apaciguará mi justicia y abrirá el camino de la felicidad, que cerrará la culpa.

96. En testimonio de esto, el Altísimo, a la vista de aquella señal, después que los ángeles inobedientes fueron castigados, se mostró a los buenos ángeles como desenojado y aplacado de la ira que la soberbia de Lucifer le había ocasionado y, a nuestro entender, se recreaba con la presencia de la Reina del cielo, representada en aquella imagen; dando a entender a los ángeles santos que pondría en los hombres, por medio de Cristo y su Madre, la gracia y dones que los apostatas por su rebeldía habían perdido. Tuvo también otro efecto aquella gran señal en los ángeles buenos, que como de la porfía y contienda con Lucifer estaban, a nuestro modo de entender, como afligidos y contristados y, casi turbados, quiso el Altísimo que con la vista de aquella señal se alegrasen y con la gloria esencial se les acrecentase este gozo accidental, merecido también con su victoria contra Lucifer; y viendo aquella vara de clemencia, que se les mostraba en señal de paz (Est., 4, 11), conociesen luego que no se entendía con ellos la ley del castigo, pues habían obedecido a la divina voluntad y a sus preceptos. Entendieron asimismo los Santos Ángeles en esta visión mucho de los misterios y sacramentos de la encarnación que en ella se encerraban y de la Iglesia militante y sus miembros; y que habían de asistir y ayudar al linaje humano, guardando a los hombres y defendiéndolos de sus enemigos y encaminándolos a la eterna felicidad, y que ellos mismos la recibían por los merecimientos del Verbo humanado; y que los había preservado Su Majestad en virtud del mismo Cristo, previsto en su mente divina.

97. Y como todo esto fue de grande alegría y gozo para los buenos ángeles, fue también de grande tormento para los malos y como principio y parte de su castigo,

que luego conocieron, de lo que no se habían aprovechado, y que aquella mujer los había de vencer y quebrantar la cabeza (Gén., 3, 15). Todos estos misterios, y muchos que no puedo explicar, comprendió el evangelista en este capítulo y más en esta señal grande; aunque lo refiere en oscuridad y enigma, hasta que llegase el tiempo.

98. El sol, de que dice estaba cubierta la mujer, es el Sol verdadero de justicia; para que los ángeles entendiesen la voluntad eficaz del Altísimo, que siempre quería y determinaba asistir por gracia en esta mujer, hacerla sombra y defenderla con su invencible brazo y protección. Tenía debajo de los pies la luna, porque en la división que hacen estos dos planetas del día y noche, la noche de la culpa, significada en la luna, había de quedar a sus pies, y el sol, que es el día de la gracia, había de vestirla toda eternamente; y también, porque los menguantes de la gracia, que tocan a todos los mortales, habían de estar debajo de los pies y nunca podrían subir al cuerpo y alma, que siempre habían de estar en crecientes sobre todos los hombres y ángeles; y sola ella había de ser libre de la noche y menguantes de Lucifer y de Adán, que siempre los hollaría, sin que pudiesen prevalecer contra ella. Y como vencidas todas las culpas y fuerzas del pecado original y actual, se las pone el Señor en los pies en presencia de todos los ángeles, para que los buenos la conozcan y los malos — aunque no todos los misterios de la visión alcanzaron— teman a esta Mujer, aun antes que tenga ser.

99. La corona de doce estrellas, claro está, son todas las virtudes que habían de coronar a esta Reina de los cielos y tierra; pero el misterio de ser doce fue por los doce tribus de Israel, adonde se reducen todos los electos y predestinados, como los señala el evangelista en el cap. 7 del Apocalipsis (Ap., 7, 4-8). Y porque todos

los dones, gracias y virtudes de todos los escogidos habían de coronar a su Reina en grado superior y eminente exceso, se le pone la corona de doce estrellas sobre su cabeza.

100. *Estaba preñada*, porque en presencia de todos los ángeles, para alegría de los buenos y castigo de los malos que resistían a la divina voluntad y a estos misterios, se manifestase que toda la santísima Trinidad había elegido a esta maravillosa mujer por Madre del Unigénito del Padre. Y como esta dignidad de Madre del Verbo era la mayor y principio y fundamento de todas las excelencias de esta gran Señora y de esta señal, por eso se les propone a los ángeles como depósito de toda la Santísima Trinidad, en la Divinidad y Persona del Verbo humanado; pues, por la inseparable unión y existencia de las personas por la indivisible unidad, no pueden dejar de estar todas tres personas donde está cada una, aunque sola la del Verbo era la que tomó carne humana y de ella sola estaba preñada.

101. *Y pariendo daba voces*; porque si bien la dignidad de esta Reina y este misterio había de estar al principio encubierto, para que naciese Dios pobre y humilde y disimulado, pero después dio este parto tan grandes voces, que el primer eco hizo turbar y salir de sí al rey Herodes y a los Magos obligó a desamparar sus casas y patrias para venir a buscarle; unos corazones se turbaron y otros con afecto interior se movieron (Mt., 2, 1-3). Y creciendo el fruto de este parto, desde que fue levantado en la cruz (Jn., 12, 32) dio tan grandes voces, que se han oído desde el oriente al poniente y desde el septentrión al mediodía (Rom., 10, 18). Tanto se oyó la voz de esta Mujer, que dio, pariendo, la Palabra del Eterno Padre.

102. *Y era atormentada para parir*. No dice esto porque había de parir con dolores, que esto no era posible en

este parto Divino, sino porque fue gran dolor y tormento para esta Madre que, en cuanto a la humanidad, saliese del secreto de su virgíneo vientre aquel cuerpecito divinizado, para padecer y sujeto a satisfacer al Padre por los pecados del mundo y pagar lo que no había de cometer (Sal., 68., 5); que todo esto conocería y conoció la Reina por la ciencia de las Escrituras; y, por el natural amor de tal Madre a tal Hijo, naturalmente lo había de sentir, aunque conforme con la voluntad del Eterno Padre. También se comprende en este tormento el que había de padecer la Madre Piadosísima conociendo los tiempos que había de carecer de la presencia de su tesoro, desde que saliese de su tálamo virginal; que si bien en cuanto a la divinidad le tenía concebido en el alma, pero en cuanto a la humanidad Santísima había de estar mucho tiempo sin él y era Hijo solo suyo. Y aunque el Altísimo había determinado hacerla exenta de la culpa, pero no de los trabajos y dolores correspondientes al premio que le estaba aparejado; y así fueron los dolores de este parto (Gén., 3, 16), no efectos del pecado como en las descendientes de Eva, sino del intenso y perfecto amor de esta Madre divina a su único y Santísimo Hijo. Y todos estos sacramentos fueron para los Santos Ángeles motivo de alabanza y admiración y para los malos principio de su castigo.

103. *Y fue vista en el cielo otra señal: viose un dragón grande y rojo, que tenía siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en sus cabezas; y con la cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó en la tierra.* Después de lo que está dicho, se siguió el castigo de Lucifer y sus aliados. Porque a sus blasfemias contra aquella señalada mujer, se siguió la pena de hallarse convertido de ángel hermosísimo en dragón fiero y feísimo, apareciendo también la señal sensible y exterior figura. Y levantó con furor siete cabezas, que fueron siete legiones o escuadrones, en que se dividieron

todos los que le siguieron y cayeron; y a cada principado o congregación de éstas le dio su cabeza, ordenándoles que pecasen y tomasen por su cuenta incitar y mover a los siete pecados mortales, que comúnmente se llaman capitales, porque en ellos se contienen los demás pecados y son como cabezas de los bandos que se levantan contra Dios. Estos son soberbia, envidia, avaricia, ira, lujuria, gula y pereza; que fueron las siete diademas con que Lucifer convertido en dragón fue coronado, dándole el Altísimo este castigo y habiéndolo negociado él, como premio de su horrible maldad, para sí y para sus ángeles confederados; que a todos fue señalado castigo y penas correspondientes a su malicia y haber sido autores de los siete pecados capitales.

104. Los diez cuernos de las cabezas son los triunfos de la iniquidad y malicia del dragón y la glorificación, y exaltación arrogante y vana que él se atribuye a sí mismo en la ejecución de los vicios. Y con estos depravados afectos, para conseguir el fin de su arrogancia, ofreció a los infelices ángeles su depravada y venenosa amistad y fingidos principados, mayorías y premios. Y estas promesas, llenas de bestial ignorancia y error, fueron la cola con que el dragón arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo; que los ángeles estrellas eran y, si perseveraran, lucieran después con los demás ángeles y justos, como el sol, en perpetuas eternidades (Dan., 12, 3); pero arrojólos (Jds., 1, 6) el castigo merecido en la tierra de su desdicha hasta el centro de ella, que es el infierno, donde carecerán eternamente de luz y de alegría.

105. *Y el dragón estuvo delante de la mujer, para tragarse al hijo que pariese.* La soberbia de Lucifer fue tan desmedida que pretendió poner su trono en las alturas (Is., 14, 13-14) y con sumo desvanecimiento dijo en presencia de aquella señalada mujer: Ese hijo, que ha de

parir esa mujer, es de inferior naturaleza a la mía; yo le tragaré y perderé y contra él levantaré bando que me siga; y sembraré doctrinas contra sus pensamientos y leyes que ordenare; y le haré perpetua guerra y contradicción. Pero la respuesta del altísimo Señor fue, que aquella mujer *había de parir un hijo varón que había de regir las gentes con vara de hierro*. Y este varón, añadió el Señor, será no sólo hijo de esta mujer, sino también Hijo mío, hombre y Dios Verdadero, y fuerte, que vencerá tu soberbia y quebrantará tu cabeza. Será para ti, y para todos los que te oyeren y siguieren, juez poderoso, que te mandará con vara de hierro (Sal., 2, 9) y desvanecerá todos tus altivos y vanos pensamientos. Y será este hijo arrebatado a mi trono, donde se asentará a mi diestra y juzgará, y le pondré a sus enemigos por peana de sus pies (Sal., 109., 1), para que triunfe de ellos; y será premiado como hombre justo y que, siendo Dios, ha obrado tanto por sus criaturas; y todos le conocerán y darán reverencia y gloria (Ap., 5, 13); y tú, como el más infeliz, conocerás cuál es el día de la ira (Sof., 1, 15) del Todopoderoso; y esta mujer *será puesta en la soledad, donde tendrá lugar aparejado por mí*. Esta soledad adonde huyó esta mujer, es la que tuvo nuestra gran Reina siendo única y sola en la suma santidad y exención de todo pecado; porque, siendo mujer de la común naturaleza de los mortales, sobrepujó a todos los ángeles en la gracia y dones y merecimientos que con ellos alcanzó. Y así huyó y se puso en una soledad entre las puras criaturas, que es única y sin semejante en todas ellas; y fue tan lejos del pecado esta soledad, que el dragón no pudo alcanzarla de vista, ni desde su concepción la pudo divisar. Y así la puso el Altísimo sola y única en el mundo, sin comercio ni subordinación a la serpiente, antes, con aseguración y como firme protesta, determinó y dijo: Esta mujer, desde el instante que tenga ser, ha de ser mi escogida y única para mí; yo la eximo desde ahora de la jurisdicción de sus enemigos y la

señalo un lugar de gracia eminentísimo y solo, *para que allí la alimenten mil doscientos y sesenta días.*—Este número de días había de estar la Reina del cielo en un estado altísimo de singulares beneficios interiores y espirituales y mucho más admirables y memorables; y esto fue en los últimos años de su vida, como en su lugar con la divina gracia diré (Cf. Infra p. III, Libro VIII, cap. 8 y 11) Y en aquel estado fue alimentada tan divinamente, que nuestro entendimiento es muy limitado para conocerlo. Y porque estos beneficios fueron como fin adonde se ordenaban los demás de la vida de la Reina del cielo y el remate de ellos, por eso fueron señalados estos días determinadamente por el evangelista.

>>sigue parte 2>>